

**DESARROLLO AGRARIO E INDUSTRIALIZACIÓN.  
CRECIMIENTO Y CRISIS EN LA ECONOMÍA  
VALENCIANA DEL SIGLO XX<sup>1</sup>**

---

AGRICULTURAL DEVELOPMENT  
AND INDUSTRIALIZATION. GROWTH AND CRISES  
IN THE TWENTIETH CENTURY VALENCIAN ECONOMY

Salvador Calatayud Giner  
Universidad de Valencia

*Entregado el 2-9-2010 y aceptado el 23-12-2010*

**Resumen:** En el contexto español, la economía valenciana evolucionó desde finales del siglo XIX de un modo diferenciado. Por un lado, una agricultura muy intensiva y exportadora fue capaz de generar altas concentraciones de población que, en función de un acceso a la tierra cada vez más generalizado, no impidieron la mejora de los niveles de vida. Un modelo que contrastaba con la mayor parte de la España agraria. Por otro lado, el desarrollo industrial también fue superior a la media pero quedó muy lejos del de las regiones manufactureras. En esta posición intermedia se movió la economía valenciana durante el siglo XX. En este artículo se estudiarán las interacciones entre el crecimiento agrario y el progreso industrial y los límites que el modelo seguido parecían mostrar ya a finales de la centuria.

**Palabras clave:** Historia contemporánea, historia económica, industrialización, turismo, Comunidad Valenciana.

---

<sup>1</sup> Este artículo ha contado con la ayuda de los Proyectos de Investigación SEJ2007-60845 y HAR2010-20684-C02-01. El autor agradece la lectura atenta y las sugerencias de Samuel Garrido, Enric Mateu, Jesús Millán y M.<sup>a</sup> Cruz Romeo, así como de los evaluadores anónimos.

**Abstract:** In the Spanish context, the Valencian economy evolved since the late nineteenth century in a peculiar way. On the one hand, a very intensive and export agriculture was able to generate high concentrations of population. Because access to land increasingly widespread, these concentrations did not prevent the improvement of living standards. A model that contrasted with most of the Spain. On the other hand, industrial development was also above average but fell far short of the manufacturing regions. In this intermediate position moved the Valencian economy during the twentieth century. This article will explore the interactions between agricultural growth and industrial progress, and the limits that this model seemed to show by the end of the century. century.

**Key words:** Modern History, Economic History, industrialization, tourism, Valencia.

## 1. El cambio en el largo plazo

En las décadas centrales del siglo XIX se configuró el modelo económico que dominaría en el País Valenciano durante más de un siglo. Estaba centrado en una agricultura intensiva y orientada a la exportación; en las altas densidades demográficas de las zonas de regadío litoral, que contaban con una red urbana de cierta entidad; y en una incipiente industrialización basada en empresas de pequeño tamaño y muy dependiente del desarrollo agrario. Era un modelo que presentaba fuertes peculiaridades en el contexto español. Por un lado, la agricultura proporcionaba niveles de productividad y de renta superiores a la media del país; así, a pesar de fundarse sobre el sector primario, la economía valenciana se diferenciaba de la mayor parte de España, donde los rendimientos del suelo eran notablemente más bajos. Por otro lado, esta economía dio lugar, en el seno de un país abrumadoramente agrario, a un desarrollo industrial vigoroso que, sin embargo, quedaba muy por detrás del de las regiones industriales, en especial de Cataluña. Fue un tipo de industrialización difusa, sin sectores líderes claramente destacados ni grandes núcleos espaciales. Además, la fuerte complementariedad de agricultura e industria constituía otro rasgo de un modelo que se apartaba tanto de la generalidad de las trayectorias seguidas en España como de los procesos clásicos de industrialización en Europa. La caracterización del desarrollo valenciano según estas premisas recibió un impulso decisivo, en la década de 1980, con las aportaciones de Ramon Garrabou en lo referente a la agricultura y de Jordi Nadal por lo que afecta a la industria<sup>2</sup>.

Por otra parte, esta trayectoria se vinculó muy pronto y muy estrechamente al desarrollo de los países industrializados de la Europa occidental, como muestra la importancia adquirida por las exportaciones. La Comunidad Valenciana formó parte, pues, de la «periferia» continental capaz de aprovechar las ventajas comparativas —de tipo climático, económico y social—

---

<sup>2</sup> Ramón Garrabou, *Un fals dilema. Modernitat o endarreriment de l'agricultura valenciana (1850-1900)*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 1985; Jordi Nadal, «El desenvolupament de l'economia valenciana a la segona meitat del segle XIX: una via exclusivament agrària?», *Recerques*, 19, 1987, pp. 115-132. Con anterioridad diferentes interpretaciones habían revalorizado el papel de la industria: Ernest Lluch, *La via valenciana*, Valencia, E. Climent, 1976 (reed.: Catarroja, Afers, 2001); Joaquín Azagra, «Noticia sobre la situación fabril valenciana a mediados del siglo XIX», en VV.AA., *Estudios dedicados a J. Peset Alexandre*, Universitat, Valencia, 1982, pp. 185-198; Jesús Millán, «La "protoindustrialización" y los orígenes de la industria en el País Valenciano», *Estudis d'Història Contemporània del País Valencià*, 5, 1984, pp. 93-104.

para suministrar productos primarios. Este estímulo se materializó cuando el cambio en las dietas alimentarias en Europa, ligado a nuevos conceptos de salud y nutrición y al alza de los niveles de vida, aumentó el consumo de frutas y hortalizas<sup>3</sup>. La vinculación internacional creó unas condiciones para el desarrollo bastante más favorables que en la mayor parte de la península. Como contrapartida, las crisis de demanda también provocaban una caída más profunda de la actividad<sup>4</sup>. El ciclo económico se caracterizó, pues, por una gran sensibilidad respecto a las fluctuaciones internacionales y a variables macroeconómicas como el tipo de cambio y la política comercial.

El aprovechamiento de las ventajas comparativas de carácter geográfico fue posible, en gran medida, por las estructuras sociales dominantes en la producción agraria de la región. En la fase del capitalismo agrario que se inició en Europa tras la crisis de finales del siglo XIX, en la cual la pequeña explotación adquirió ventajas sobre otros modos de organización, el territorio valenciano se caracterizaba precisamente por la amplia presencia de pequeños propietarios y arrendatarios. Este factor resultó notablemente favorable al desarrollo de la agricultura, como se verá más adelante<sup>5</sup>.

Además, desde el punto de vista de la riqueza por habitante, la vía de crecimiento seguida permitió una mejora en la posición relativa de la región en el conjunto español, como puede verse en el cuadro 1. Esto diferenciaba nuestro caso de regiones agrarias como Andalucía, Extremadura o las dos Castillas, e implicaba un recorte de distancias respecto a las regiones de mayor industrialización, como Cataluña: en 1930 la renta familiar era un 73,6% de la catalana, mientras en 1980 había convergido hasta el 89,1%. A mediados de siglo y, en particular, durante la fase de crecimiento de la economía española centrada en la década de 1960, este modelo alcanzó sus máximas potencialidades. Se materializaban así las ventajas de la vía de desarrollo emprendida.

---

<sup>3</sup> Vicente Pinilla, «El comercio exterior en el desarrollo agrario de la España contemporánea: un balance», *Historia Agraria*, 2001, n.º 23, pp. 13-35.

<sup>4</sup> Jordi Palafox, «La lenta marcha hacia la sociedad industrializada (1891-1959)», en José A. Martínez Serrano, Andrés Pedreño y Ernest Reig (dirs.), *Estructura económica de la Comunidad Valenciana*, Espasa Calpe, Madrid, 1992, p. 27.

<sup>5</sup> Niek Koning, *The failure of agrarian capitalism: agrarian politics in the UK, Germany, the Netherlands, and the USA, 1846-1919*, Routledge, Londres y New York, 1994. Ramón Garrabou, Jordi Planas y Enric Sagner, *Un capitalisme impossible? La gestió de la gran propietat agrària a la Catalunya contemporània*, Eumo editorial, Vic, 2001, pp. 225 y ss. Domingo Gallego, *Más allá de la economía de mercado. Los condicionantes históricos del desarrollo económico*, Marcial Pons, Madrid, 2007, capítulo 5.

**Cuadro 1**  
Evolución de la posición relativa de la Comunidad Valenciana  
en el PIB español

	PIB p.c. (España = 100)	Renta familiar neta disponible (España = 100)	% del PIB total de España
1800	71,2		
1860	95,1		
1900	90,6		
1930	107,9	105,9	8,01
1940	107,1	106,9	8,7
1960	107	106,7	8,07
1980	102,4	104,3	9,7
2000	96,5	98,2	10,2
2008	89,4		

*Fuente:* Albert Carreras y Xavier Tafunell (coords.), *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, Bilbao, Fundación BBVA, 2005, vol. III, pp. 1370, 1372 y 1373. I.N.E. «Contabilidad Regional de España. Base 2000».

Sin embargo esta capacidad se agotó en algún momento durante el último tercio del siglo XX y provocó que el crecimiento del PIB per capita fuera inferior a la media española desde mediados de la década de 1980. En ese momento, resultaba difícil clasificar a la Comunidad Valenciana entre las regiones españolas<sup>6</sup>: no estaba entre las «regiones dinámicas», pero su trayectoria pasada y unos indicadores muy próximos a la media española llevaban a diferentes autores a incluirla en la «España rica». En cualquier caso, se ha producido cierto retroceso en la posición relativa regional, al caer la renta *per capita* valenciana por debajo de la media española y en contraste con regiones en ascenso como La Rioja, Navarra o Aragón. Este escaso dinamismo se ha producido cuando la economía regional ha acen-

<sup>6</sup> Rafael Domínguez, *La riqueza de las regiones: las desigualdades económicas regionales en España, 1700-2000*, Alianza, Madrid, 2002, p. 86; Jordi Maluquer, «Las comunidades autónomas españolas bajo el impacto de la integración en la Unión Europea», en Luis Germán *et alii* (eds.), *Historia económica regional de España. Siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 538-9.

tuado su orientación hacia las actividades turísticas, uno de los sectores de crecimiento más rápido en el mundo a finales del siglo. Pese a ello, esta reorientación ha resultado insuficiente para contrarrestar la pérdida de empuje en la agricultura y la industria, de modo que, en nuestro caso, la terciarización no ha impulsado suficientemente el desarrollo.

El presente trabajo trata de explicar la dinámica histórica de este modelo de desarrollo. La tesis central es que su motor inicial fue la capacidad de aprovechar la condición de periferia europea en el suministro de bienes alimentarios, como se explica en los apartados segundo y tercero. La economía valenciana se desarrolló, pues, inserta en el conjunto de interrelaciones alumbradas por la industrialización de Europa occidental. A su vez, este impulso permitió la consolidación de una industria plenamente autóctona, que culminó el proceso de desarrollo económico. Con él surgió un mercado interior y un conjunto de vínculos intersectoriales que reforzaron los estímulos derivados de las exportaciones, cuestiones que se abordan en el apartado cuarto. Sin embargo, el propio desarrollo fue eliminando las ventajas comparativas y la necesaria adaptación de los sectores productivos no se produjo. La hipótesis manejada es que ello se debió, precisamente, al conjunto de inercias y los límites del modelo de desarrollo. Dicho de otro modo, las mismas características que habían impulsado el crecimiento agrario e industrial, actuaron de freno cuando el contexto económico internacional cambió radicalmente en las últimas décadas del siglo, lo cual es objeto del último apartado del trabajo. Previamente, el apartado quinto está dedicado al auge turístico que se dio cuando la agricultura y, más tarde, la industria llegaban a sus límites. La paradoja es que esta actividad terciaria, tan central en la evolución más reciente de la economía regional, venía a reconstruir, bajo nuevas formas, la vinculación exterior que había sido característica durante más de un siglo.

## **2. Un desarrollo económico fundado en la agricultura**

El desarrollo agrario que el territorio valenciano experimentó en la época contemporánea estaba profundamente arraigado en una larga tradición de cultivo intensivo, diversificación productiva y orientación comercial. Esta tendencia, presente con fuerza en la época moderna, experimentó una reestructuración profunda en la segunda mitad del siglo XIX y fue entonces cuando nació el modelo de agricultura característico del siglo XX. El motor lo constituyeron los cambios en el mercado mundial de produc-

tos agrarios: la producción de fibras textiles como la seda y el cáñamo entró en crisis por la competencia internacional, al tiempo que la demanda europea de una alimentación más diversificada abrió oportunidades para la expansión de cultivos ya presentes o para la introducción de otros nuevos. Ello afectó tanto a las áreas interiores de secano como a la importante superficie de regadío ubicada en las proximidades de la costa.

Las características de esta expansión agraria han sido explicadas muchas veces<sup>7</sup>. Primero llegó el auge de la viña, estimulada por la demanda francesa durante los años de la filoxera. Cuando la plaga alcanzó también a España y el mercado francés se cerró, la crisis de este cultivo situó definitivamente en los regadíos el centro de gravedad agrario. Aquí dominaron tres especializaciones productivas diferentes: el arroz, las hortalizas y el naranjo. En base a ellas habría de producirse un extraordinario crecimiento de la producción durante buena parte del siglo XX. Con él, la agricultura regional quedaba singularizada dentro de un conjunto español dominado por el cultivo del trigo: hacia 1931, cerca de la mitad del valor de la producción valenciana procedía de los frutales (cítricos, en especial), mientras otra cuarta parte la constituían un diversificado grupo de hortalizas; el resto se repartía entre cereales (en los que el arroz tenía un peso notable) y cultivos de secano<sup>8</sup>.

La consolidación de este modelo productivo comportó destacados procesos de cambio técnico. El uso masivo de fertilizantes fue uno de los más destacados y se caracterizó por una temprana introducción de los abonos minerales y químicos<sup>9</sup>. Las innovaciones biológicas tuvieron también una importancia no reconocida todavía por la historiografía: la elección de variedades nuevas en el arroz y el naranjo, el combate de plagas

---

<sup>7</sup> R. Garrabou, *Un fals dilema...*, *op. cit.*; J. Millán, «L'economia i la societat...», *op. cit.*; Enric Mateu y Salvador Calatayud, «La evolución de la agricultura valenciana: algunos aspectos (1840-1930)», en J. Azagra, E. Mateu y J. Vidal (eds.), *De la sociedad tradicional a la economía moderna*, Instituto J. Gil-Albert, Alicante, 1996, pp. 101-124. S. Calatayud, «Economía en transformación. Agricultura e industria en la época contemporánea (1800-1950)», en Paul Preston e Ismael Saz (eds.), *De la revolución liberal a la democracia parlamentaria. Valencia (1808-1975)*, Biblioteca Nueva y Universitat de València, Madrid y Valencia, 2001, pp. 163-200.

<sup>8</sup> James Simpson, «La producción y la productividad agraria españolas, 1890-1936», *Revista de historia económica*, XII, 1, 1994, pp. 76-77.

<sup>9</sup> Enric Mateu, «La elección de las técnicas de abonado en el cultivo del arroz en Valencia (1840-1930)», en R. Garrabou y J.M. Naredo (eds.), *La fertilización en los sistemas agrarios. Una perspectiva histórica*, Argenteria, Madrid, 1996, pp. 255-271.

desconocidas hasta entonces o los inicios de la hibridación, fueron algunos de los cambios experimentados. Pero, sin duda, el fundamento técnico más importante de este modelo agrario residía en el regadío. A finales del siglo XIX, el agua de riego llegaba al 25% de la superficie cultivada, una proporción mayor que en cualquier otra región<sup>10</sup>. El hecho más destacable, sin embargo, es que este riego era permanente y no estaba sujeto a la eventualidad como en muchos otros lugares; además, se dedicaba a cosechas comerciales y no sólo a reforzar los rendimientos de cultivos tradicionales. En el territorio valenciano el regadío tenía tras de sí una larga tradición, de manera que la mayor parte de la superficie afectada en 1860 venía recibiendo la aportación de agua desde hacía siglos. Desde ese momento las tierras regadas seguirían creciendo a un ritmo rápido, como se muestra en el Cuadro 2. El impacto sobre los rendimientos agrarios y la producción era extraordinario: el trigo cultivado en regadío proporcionaba 22 quintales por hectárea, mientras en los secanos apenas rebasaba los 7; por otra parte, la mayor parte de las plantas que sustentaban esta agricultura no hubieran podido ser cultivadas sin el auxilio del agua. Era éste el que permitía aprovechar las condiciones favorables de temperaturas e insolación que constituían la ventaja comparativa regional.

## Cuadro 2

Evolución de la superficie regada en las tres provincias valencianas

	Superficie regada (Has.)	% de la superficie total	% del regadío español
1860	145.464	21,6	
1916	186.432		13,6
1956	234.510	27,4	
2000	350.482		10,6

Fuente: Garrabou, *Un fals dilema...*, op. cit., pp. 170, 173 y 176; Ministerio de Fomento, *Medios que se utilizan para suministrar el riego a las tierras*, Madrid, 1918, vol. 2, p. 397; Joan Romero, *La agricultura valenciana en el proceso de industrialización y urbanización. Cambios estructurales recientes en el espacio rural valenciano (1959-1986)*, Valencia, Generalitat valenciana, 1989, p. 114; *Plan Nacional de Regadíos. Horizonte 2008*, Madrid, Ministerio de Agricultura, 2001, p. 134.

<sup>10</sup> *Reseña geográfica y estadística de España*, Madrid, 1888, pp. 534-535.



Sin embargo, con anterioridad a la construcción de grandes obras hidráulicas, cuando el riego dependía del caudal disponible en los acuíferos, la agricultura se vio enfrentada a severas limitaciones hídricas. Dado que los cursos fluviales se encontraban sobreexplotados, los años de sequía y bajo caudal suponían graves amenazas para la producción. En estas condiciones la ampliación de la superficie se sustentaba no tanto en innovaciones técnicas como en los componentes organizativos o institucionales del regadío. Las diferentes acequias que hacían uso del agua habían establecido, a lo largo de los siglos, órganos de gestión, normas escritas, prácticas en el uso del agua y sistemas de control que posibilitaron explotar un recurso relativamente escaso sin que los conflictos pusieran en peligro la viabilidad del riego. Este capital social intangible fue durante mucho tiempo tanto o más importante que la calidad de las infraestructuras, como ha explicado suficientemente la economía institucional<sup>11</sup>. Fue el que permitió mantener y ampliar el regadío mediante regulaciones que limitaban el acceso al agua de otros usuarios, repartían el caudal en años de déficit hídrico o sancionaban las conductas no cooperativas.

El riego basado en ríos de bajo caudal, como eran todos los de la región, tenía, sin embargo, sus límites físicos. Desde finales del siglo XIX estos límites se fueron rebasando mediante el recurso a las aguas subterráneas, lo que dio lugar a una proliferación de pozos y al uso de maquinaria elevadora. Ello exigió grandes inversiones a escala individual y dio lugar a un proceso peculiar de mecanización agraria que afectaba sobre todo al cultivo de cítricos. Durante el siglo XX esta modalidad de regadío, estimulada por la mejora de las técnicas de perforación y bombeo, avanzaría más rápidamente que el riego con aguas superficiales<sup>12</sup>: si a principios de siglo representaba el 16% del regadío, en el 2000 alcanzaba el 44%.

La construcción de obras hidráulicas a cargo del Estado en la segunda mitad del siglo puso fin, por el momento, a la era de recursos escasos. Los grandes embalses aseguraron el abastecimiento regular y abundante de

---

<sup>11</sup> Elinor Ostrom recoge ejemplos valencianos para su interpretación sobre la gestión del agua como bien común; véase *Governing the Commons. The evolution of Institutions for Collective Action*, C.U.P, Cambridge, 1992, cap. 3. Una discusión de las ideas de Ostrom: Samuel Garrido, «El funcionamiento del regadío en la España del este. Una reflexión a la luz de la obra de Elinor Ostrom», *Historia Agraria*, 53, 2011 (en prensa).

<sup>12</sup> Salvador Calatayud y José M. Martínez Carrión, «El cambio técnico en los sistemas de captación e impulsión de aguas subterráneas para riego en la España mediterránea», en R. Garrabou y J.M. Naredo (eds.), *El agua en los sistemas agrarios. Una perspectiva histórica*, Fundación Argenteria-Visor, Madrid, 1999, pp. 15-40.

agua y, en ese sentido, hicieron menos necesarios esos acuerdos en los que se había basado tradicionalmente el riego. Por otro lado, la gran hidráulica situaba al regadío valenciano en un conjunto de nuevos vínculos tanto geográficos —dado que los embalses mayores, como Alarcón o Contreras, se ubicaban fuera de la región y el trasvase Tajo-Segura conectaba con otra cuenca hidrográfica— como sectoriales —puesto que la agricultura competía ahora por el agua con la hidroelectricidad y la industria—. Como veremos, esta ampliación sustancial de los recursos hídricos disponibles encontraría también, hacia finales del siglo xx, sus propios límites.

En relación con esta orientación de la producción agraria, ¿qué tipo de sociedad rural se fue configurando en el campo valenciano? A principios del siglo xx, Valencia era la provincia española con mayor número de cuotas de contribución rústica, algo más de 200.000 en 1907, por delante de las provincias gallegas pobladas por pequeños propietarios. Castellón se encontraba también en un destacado séptimo puesto<sup>13</sup>. Sin embargo, la abundancia de pequeños propietarios no era enteramente una herencia del pasado sino que se consolidó durante la época de desarrollo de la agricultura intensiva. Junto a ello persistió, e incluso se renovó, una propiedad de gran tamaño, en manos de sectores urbanos y normalmente dispersa por diferentes términos municipales.

Los grandes propietarios recurrieron con frecuencia al arrendamiento en las zonas de regadío y a la aparcería en las de secano. Estas opciones, sin embargo, no pueden identificarse con una actitud «absentista», puesto que los dueños intervenían de maneras diversas e influían en la elección de cultivos y la realización de labores agrícolas, lo que incluía también la reinversión en la tierra de una parte de la renta percibida<sup>14</sup>. Del mismo modo, el cultivo indirecto era, con frecuencia, una elección estratégica que podía alternarse con la vuelta a la gestión directa. El paso de una forma de explotación a otra permitía que el propietario maximizara los beneficios de acuerdo con la evolución del ciclo vital de los cultivos arbustivos o arbóreos<sup>15</sup>.

---

<sup>13</sup> *Cuentas del Estado Español, 1890-91 a 1907*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1976, pp. 588-9.

<sup>14</sup> S. Calatayud, J. Millán y M.<sup>a</sup> C. Romeo: «La nobleza propietaria en la sociedad valenciana del siglo XIX: el conde de Ripalda i la gestió del seu patrimoni», *Recerques*, 33, 1996, pp. 79-101.

<sup>15</sup> Adolf Sanmartin, «El patrimoni castellonenc del Baró de la Pobla: configuració i transformacions agràries al segle XIX», *Recerques*, 41, 2001, pp. 59-76.

En cambio, en las huertas, donde se fueron consolidando rotaciones de plantas anuales que incluían diversas hortalizas de ciclo muy corto, la elevada intensidad del cultivo y la exigencia de cualificaciones especiales forzaron a los propietarios a dejar toda la iniciativa a los cultivadores. Como resultado de ello se generalizó la estabilidad de los arrendatarios en sus tenencias y la realización de «mejoras» en la tierra, que los propietarios habían de remunerar si deseaban mantener la fertilidad de sus campos. Esta dinámica convertía a los cultivadores en «poseedores» de una parte del valor de la tierra y, finalmente, a lo largo de la primera mitad del siglo XX, favoreció su acceso a la propiedad de las explotaciones en condiciones de pago ventajosas<sup>16</sup>. En el mantenimiento y la ampliación de este sector de pequeños propietarios desempeñó un papel relevante el cooperativismo que se desarrolló, no sin altibajos, durante el primer tercio del siglo. Allí donde existía una base de labradores con capacidad de cultivo, las cooperativas, mayoritariamente católicas, contribuyeron a su consolidación, al permitir un acceso ventajoso al crédito y a los fertilizantes<sup>17</sup>.

Al lado de estas oportunidades de movilidad social, en otras especializaciones de la agricultura regional los propietarios acomodados practicaban el cultivo directo mediante trabajo asalariado. Es el caso del naranjo y el arroz, que movilizaban en las épocas de cosecha grandes contingentes de jornaleros sin tierras o con superficies insuficientes. A pesar de que los salarios evolucionaron más favorablemente que en las regiones latifundistas<sup>18</sup>, esta elevada concentración de trabajadores generó una conflictividad social que fue especialmente aguda en coyunturas como las de 1919-20 o la II República. La extendida sindicalización de estos trabajadores se veía reforzada por su convivencia, en el ámbito local, con obreros empleados en los abundantes

---

<sup>16</sup> Samuel Garrido y S. Calatayud, «The Price of Improvements. Agrarian Contracts and Agrarian Development in Nineteenth Century Eastern Spain», *Economic History Review* (en prensa); y «La compra silenciosa. Arrendamientos, estabilidad y mejoras en la agricultura valenciana de regadío (1850-1930)», *Investigaciones en Historia Económica*, 8, 2007, pp. 77-108.

<sup>17</sup> Samuel Garrido, «Why Did Most Cooperatives Fail? Spanish Agricultural Cooperation in the Early Twentieth Century», *Rural History*, 18, 2, 2007, pp. 183-200; y *Treballar en comú. El cooperativisme agrari a Espanya (1900-1936)*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1996, p. 279.

<sup>18</sup> En 1931 se pagaban en las labores del naranjo y del arroz de las riberas del Júcar entre 8 y 13 pesetas diarias, mientras en la provincia de Córdoba no se sobrepasaban, en ningún caso, las 7 pesetas; S. Calatayud, «Condiciones de trabajo en la agricultura naranjera (1914-1936)», *Saitabi*, XXXVI, 1986, p. 286.

establecimientos agroindustriales dedicados a los cítricos. Así pues, esta cara de la sociedad rural valenciana, que daría lugar durante la Guerra Civil a una poderosa difusión de las colectividades del campo<sup>19</sup>, convivía con el elevado número de pequeños propietarios y arrendatarios cuya adscripción a la derecha católica permitió a ésta alcanzar en la región una importante implantación y desarrollar una política de masas. La Valencia republicana, reforzada por las sociedades obreras y el socialismo, se encontró, pues, frente a una poderosa implantación de la Derecha Regional durante los años treinta<sup>20</sup>.

Así pues, el dinamismo económico estuvo acompañado por procesos de cambio y diversificación social que dificultaron que el sistema político de la Restauración integrara sin fisuras esa sociedad compleja. Los desafíos desde abajo —tanto de carácter rural como urbano— se tradujeron en tensiones a lo largo del primer tercio del siglo<sup>21</sup>. Pese a ello, esta vía de desarrollo económico y, sobre todo, el tipo de sociedad que lo acompañaba contrastaba en el seno de una España donde se planteaba con crudeza la «cuestión agraria». Para muchos analistas y políticos de esa época, tanto reformistas como conservadores, el predominio en Valencia de «una clase media agrícola», en palabras de M. de Torres, había resuelto el problema de la tierra<sup>22</sup>. Este supuesto modelo ejercía, por tanto, una seducción en tanto se lo consideraba armonioso y ajeno a las tensiones de regiones con mayores niveles de desigualdad y, sin embargo, «moderno» en su vertiente económica mercantil<sup>23</sup>. Era la visión idealizada y parcial de un Levante «feliz».

<sup>19</sup> Aurora Bosch, *Ugetistas y libertarios. Guerra Civil y revolución en el País Valenciano, 1936-1939*, Institutió Alfons el Magnànim, Valencia, 1983. Fernando Quilis, *Revolución y guerra civil. Las colectividades obreras en la provincia de Alicante, 1936-1939*, Instituto J. Gil-Albert, Alicante, 1992.

<sup>20</sup> Rafael Valls, *La Derecha Regional Valenciana (1930-1936)*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1992. En 1932, Valencia era la cuarta provincia española en número de afiliados a la F.N.T.T.; S. Cruz, F. Cobo y M. González de Molina, «Nota introductoria», en *Memoria del II Congreso de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra*, Universidad de Jaén, Jaén, 2000, pp. 48-49.

<sup>21</sup> Jesús Millán, «L'economia i la societat valencianes, 1830-1914. Les transformacions d'un capitalisme perifèric», en Pedro Ruiz (coord.), *Història del País Valencià*, vol. V *Època contemporània*, Ed. 62, Barcelona, 1990, pp. 73 y 76.

<sup>22</sup> Juan Zabalza, «Los escritos agrarios de Manuel de Torres (1903-1960): ciencia económica y agricultura», *Historia Agraria*, 46, 2008 p. 138.

<sup>23</sup> S. Calatayud, J. Millán y M.<sup>a</sup> C. Romeo, «Leaseholders in Capitalist Arcadia: Bourgeois Hegemony and Peasant Opportunities in the Valencian Countryside during the Nineteenth Century», *Rural History*, 17, n.º 2, 2006, pp. 149-166.

En todo caso, la evolución de estas estructuras sociales en el campo tenía trascendencia para el desarrollo económico general. Por un lado, ayudó a mejorar los niveles de ingresos, lo que debió resultar decisivo para el crecimiento de la industria regional. Por otro, la importancia del trabajo familiar no pagado facilitó la especialización agrícola intensiva en esta fase de la agricultura capitalista, tal como se ha dicho más atrás, en claro contraste con las regiones españolas de gran propiedad. Sin embargo, cuando avanzó el siglo y llegó la etapa en que la agricultura se industrializó y, al mismo tiempo, perdía peso en la economía, esta estructura dejó de aportar dinamismo y, por el contrario, se volvió un freno para la transformación del sector primario, como veremos en el apartado final.

### 3. La orientación exportadora de la economía

La apertura exterior, en todo momento superior a la media española, fue una característica decisiva del modelo de desarrollo valenciano. Esta vertiente exportadora, como el desarrollo agrario, tenía raíces profundas en épocas anteriores y también experimentó una reorientación durante el siglo XIX. El cambio en los cultivos comportó nuevas conexiones comerciales y la búsqueda de otros mercados. América perdió el papel que había alcanzado a finales del antiguo régimen y Europa occidental pasó a absorber la mayor parte de los flujos exteriores. El predominio anterior de productos como la seda, la barrilla y el esparto dejó paso a la hegemonía del vino que, en 1882, representaba el 60% de todas las exportaciones<sup>24</sup>. En 1890 los viñedos de la región llegaron a suministrar más de la mitad de las exportaciones españolas. Pero esta fase tuvo sus días contados con el cierre del mercado francés ese mismo año. Fue entonces cuando se configuró el modelo comercial que dominaría durante el siglo XX, basado en las naranjas y las hortalizas. El crecimiento de las exportaciones que siguió se producía en el contexto del giro proteccionista iniciado en 1891, pero ello no creó tensiones excesivas con la política comercial española. Ésta beneficiaba también a productores valencianos de arroz, cáñamo, algarrobas y pasas, amenazados por la competencia de otros países. Además, los portavoces agrarios de la región no tuvieron inconveniente en apoyar las demandas proteccionis-

---

<sup>24</sup> Juan Piqueras, *La agricultura valencia de exportación y su formación histórica*, Ministerio de Agricultura, Madrid, 1985, pp. 232-233.

tas de los trigueros castellanos porque las importaciones de cereal provenían de países que pesaban poco en las exportaciones valencianas. Y, en cambio, combatieron el proteccionismo industrial catalán, porque afectaba a los países donde se vendían los productos hortofrutícolas de la región<sup>25</sup>.

Durante el primer tercio del siglo, las ventas exteriores de naranjas crecieron hasta convertir a España en el primer exportador mundial. El gran volumen de este flujo configuró una estructura comercial muy peculiar y compleja, que los contemporáneos sometieron a debate. En lo que respecta a las exportaciones a Gran Bretaña, realizadas por vía marítima, hubo un control muy amplio por parte de las compañías de transporte, mayoritariamente británicas, y los agentes comercializadores de ese país, mientras que las navieras españolas se fueron incorporando lentamente. El mecanismo de financiación de la recolección y manipulación inicial de la fruta se hizo a través de anticipos por parte de estos agentes extranjeros, lo que, según observadores coetáneos, imprimía un carácter monopolístico al negocio. Sin embargo, la historiografía ha demostrado que, a pesar de la dependencia del capital exterior, hubo oportunidades para muchos agentes autóctonos, al tiempo que la rentabilidad para los propietarios de los naranjales fue muy elevada<sup>26</sup>.

La organización de las exportaciones al otro mercado principal, el francés, se configuró de manera totalmente distinta. Basados en el transporte terrestre, los flujos hacia Francia estuvieron desde el primer momento en manos de comerciantes valencianos, que abrieron personalmente los canales de venta y mantuvieron agentes propios en los puntos de destino<sup>27</sup>. Estas redes comerciales de carácter familiar se basaron en los lazos personales, pero también en un aprendizaje de las pautas de consumo e intermediación de estos mercados en expansión y en un uso precoz de medios como el telégrafo y el teléfono. En conjunto, el comercio naranjero creó un sector muy disperso de comerciantes autóctonos, que adquiriría una posición preponderante en el negocio a partir de la inversión

---

<sup>25</sup> Samuel Garrido, «Realment eren lliurecanvistes? Les peticions aranzelàries de l'agricultura valenciana al començament del segle XX», *Afers*, 36, 2000, p. 386.

<sup>26</sup> J. Palafox, «Estructura de la exportación y distribución de beneficios. La naranja en el País Valenciano (1920-1930)», *Revista de Historia Económica*, I, 2, 1983, pp. 339-351; y «Exportaciones, demanda interna y crecimiento económico en el País Valenciano», en N. Sánchez-Albornoz (comp.), *La modernización económica de España, 1830-1930*, Madrid, Alianza, 1985, p. 330.

<sup>27</sup> Vicent Abad, *Historia de la naranja*, Comité de Gestión de la Exportación, Valencia, 1984, p. 95

en establecimientos de preparación y empaquetado de la fruta. Estos almacenes experimentarían, a mediados de siglo, un proceso de mecanización, paralelo a una progresiva concentración empresarial. Por otra parte, las exportaciones españolas se vieron confrontadas en ocasiones al modelo de producción y comercialización de California, con el que la citricultura valenciana tenía diferencias notables en cuanto a la calidad, la homogeneidad del producto y las prácticas comerciales<sup>28</sup>.

Además de la creciente centralidad del comercio naranjero, otros productos conocieron un aumento muy rápido de sus exportaciones. Las pasas tenían una larga tradición en las cercanías de la ciudad portuaria de Denia y se vinculaban al mercado británico. Las cebollas, por su parte, ya superaban al vino a finales de los años veinte. Junto a Gran Bretaña, su destino principal fue Estados Unidos, donde se impusieron por la diferenciación en calidad respecto a las variedades autóctonas y por la mejora en el empaquetado y la presentación comercial. El auge sólo se frenó con el arancel Smoot-Hawley de 1930, proteccionismo que afectó también a las conservas vegetales que constituían, en 1922, el quinto producto más importante en las salidas por el puerto de Valencia y se vendían sobre todo en aquel país. En cuanto a los tomates, las salidas por Valencia y Gandia representaban en 1930 el 85% del total español<sup>29</sup>. Incluso un producto tradicionalmente destinado al mercado interior, como el arroz, se incorporó también a la exportación, a la que en los años veinte se destinaba casi una cuarta parte de la producción<sup>30</sup>.

La fuerte dependencia respecto a los flujos exteriores hacía a la economía regional extremadamente sensible a los cambios en los mercados mundiales. Esta vinculación fue la responsable del incremento del nivel de renta y del desarrollo económico experimentado, pero también tenía sus servidumbres. A lo largo del primer tercio del siglo, la internacionalización de la agricultura generó situaciones de crisis comercial, excesos de oferta y confrontación con nuevas regiones competidoras. Así, durante la I Guerra Mundial se produjo el primer gran hundimiento de los envíos de cítricos

---

<sup>28</sup> Samuel Garrido, «Oranges or “lemons”? Family farming and product quality in the Spanish orange industry, 1870-1960», *Agricultural History*, 84, 2 (2010), pp. 224-243.

<sup>29</sup> C. García Gisbert, *Cultivos de regadío en Levante*, M. Marín y G. Campos editores, Madrid, 1933, p. 215.

<sup>30</sup> Son cifras del total de exportaciones españolas, de las cuales la producción valenciana representaba la mayor parte; L. García Guijarro, *La exportación agrícola española y su importancia en el comercio exterior*, Suc. de Rivadeneyra, Madrid, 1928, p. 28.

a Europa. Más tarde, cuando a lo largo de la década de 1920 los precios agrarios mundiales comenzaron a caer de forma sostenida, algunos productos del campo valenciano se vieron afectados. Es el caso del sector arrocero, que respondió con una organización corporativa de la producción y comercialización, en la línea de lo que sucedía en la agricultura europea de la época. Finalmente, durante la depresión económica mundial de los años treinta, toda la exportación agraria se vio perjudicada profundamente. Las ventas de cítricos se redujeron sustancialmente, aunque no sólo por la caída de la demanda y la competencia creciente de nuevos productores como Palestina. Las propias prácticas especulativas de los exportadores, que enviaban fruta en mal estado, contribuyeron a reducir las ventas en Gran Bretaña. La crisis social del período republicano estuvo, en buena medida, determinada por esta situación, con altos niveles de paro en las zonas donde habitualmente se generaban las mayores cifras de ocupación.

El desarrollo comercial, además de exigir mejoras sustanciales en los puertos de Valencia, Alicante y Castellón (en éste se construyó el «muelle naranjero») <sup>31</sup>, dio lugar a la organización de los grupos de interés. Desde principios de siglo habían surgido los Círculos Fruteros, que agrupaban a los exportadores de naranjas en demanda de acuerdos comerciales <sup>32</sup>. Mayor proyección tuvo la Unión Nacional de la Exportación Agrícola, creada en 1924 e impulsada sobre todo por valencianos. Al mismo tiempo, y en relación con la trascendencia que tenía el comercio para la región, surgieron planteamientos teóricos sobre el crecimiento económico basado en el sector exterior y el papel de las exportaciones valencianas en la economía española, como los que Romà Perpinyà formuló en el seno del Centro de Estudios Económicos Valencianos <sup>33</sup>. En ellos se destacaba que aquellas exportaciones proporcionaban un alto índice de cobertura de las importaciones de maquinaria (superior al 100% en muchos momentos) a lo largo del primer tercio del siglo <sup>34</sup>.

Después de esta etapa de crecimiento sostenido de las exportaciones, con crisis coyunturales, la autarquía de la postguerra y la II Guerra mun-

---

<sup>31</sup> Marc Ferri, *La construcción del territorio valenciano. Patrimonio e historia de la ingeniería civil*, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Valencia, 2003, pp. 214-215.

<sup>32</sup> Abad, *Historia de la naranja*, op. cit., p. 127.

<sup>33</sup> J. Palafox, «Román Perpiñá Grau y la economía del País Valenciano», en *De economía crítica (1930-1936)*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 1982.

<sup>34</sup> Vicent Soler, «L'arrecada industrial (1960-1975)», en P. Ruiz, *Història del País Valencià*, op. cit., p. 256.



dial significaron un periodo prolongado de estancamiento comercial. Las ventas exteriores de cítricos, que en los años de crisis internacional de 1930 a 1935 habían sido de 840.000 toneladas de media anual, en 1939-47 apenas alcanzaron las 218.000 al año<sup>35</sup>. El impacto sobre la economía regional fue importante y obligó a reorientarse hacia el mercado interior, de limitada capacidad adquisitiva.

Cuando se superaron los obstáculos comerciales, la recuperación fue extraordinaria. Hacia 1949 las exportaciones naranjeras estaban creciendo de nuevo. Se iniciaba así el camino que llevaría al máximo esplendor de la producción valenciana en el comercio exterior español, que se recoge en el Cuadro 3: a finales de los años setenta la Comunidad aportaba la mitad de las exportaciones agrícolas del país y casi el 20% del total de exportaciones, cuando representaba menos del 10% del PIB español.

**Cuadro 3**  
Participación de la Comunidad Valenciana  
en las exportaciones españolas

	Agrícolas	Industriales	Total
1972	27,9	13,3	15,7
1979	49,7	14,0	18,3
1989	33,9	13,6	15,8
1999-2000	25	13	13,3

*Fuente:* Fernández, Sospedra y Suárez, p. 269; Albertos, p. 201; J. Maluquer, «Las comunidades autónomas españolas bajo el impacto de la integración en la Unión Europea», en Luis Germán *et alii* (eds.), *Historia económica regional de España. Siglos XIX y XX*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 546.

En ese momento, sin embargo, se había producido un hecho de gran trascendencia: desde 1969, aproximadamente, los productos industriales ya superaban a los agrarios en el valor total de las exportaciones de la región<sup>36</sup>. La incorporación de las manufacturas al comercio exterior fue muy rápido:

<sup>35</sup> Miquel A. Fabra, *El País Valencià (1939-1959): autarquia i industrialització*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2000, p. 105.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 108.

a lo largo de los años sesenta sectores como el calzado o la cerámica pasaron, desde cifras irrelevantes, a exportar, respectivamente, el 40 y el 22% de su producto y el valor de todas las exportaciones industriales se multiplicó por treinta<sup>37</sup>. Este hecho mostraba las ventajas de un sector manufacturero competitivo en costes salariales pero también adaptado a la demanda en esa época de auge del consumo en los países europeos. El sector industrial prolongaba así la apertura exterior de origen agrario que había caracterizado a la economía valenciana desde siglos anteriores. Lo hizo, además, con anterioridad a la instalación de *Ford* en Valencia: en 1976 naranjas y calzado representaban todavía la mitad de todo lo exportado, situación que cambiaría en los años sucesivos con el aumento de la participación del sector automovilístico<sup>38</sup>. Durante los años ochenta éste superaba ya a cualquier otro sector, pese a lo cual no iba más de allá de un 15% del total de exportaciones<sup>39</sup>. Hasta casi final de siglo, la mayoría de sectores que mantenían una ventaja comparativa clara en los mercados exteriores<sup>40</sup> eran aquellos que contaban con una larga tradición en la industrialización regional.

Sin embargo, el potencial de este modelo de comercio exterior se fue agotando en las dos décadas finales del siglo, conforme aumentaba la competencia procedente de los países de industrialización reciente. La incorporación a la C.E.E. no supuso ningún cambio de trascendencia y se limitó a acentuar una concentración de los flujos en dirección a los países miembros, que ya era elevada con anterioridad.

#### 4. La industrialización: la continuidad histórica de un modelo

El modelo industrial que ha dominado durante el siglo xx y ha conducido a la economía regional a su plena industrialización se gestó de manera simultánea a la expansión agraria iniciada en la segunda mitad del siglo anterior. Convivió, por tanto, con los renovados flujos de capital urbano hacia la agricultura naranjera y con el prestigio social alcanzado por la inversión en ese sector. La nueva fase industrial se basó en una disconti-

---

<sup>37</sup> Soler, «L'arrencada...», *op. cit.*, p. 373.

<sup>38</sup> Aurelio Martínez, Ismael Fernández y Manuel Sanchis, *Dinámica exportadora del País Valenciano*, Banco de Promoción de Negocios, Valencia, 1978, p. 156.

<sup>39</sup> Ismael Fernández, Ismael Sospedra y Celestino Suárez, «Comercio exterior», en José A. Martínez Serrano, Andrés Pedreño y Ernest Reig, *Estructura económica...*, *op. cit.*, p. 277.

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 278.

nidad parcial respecto a un desarrollo manufacturero previo de entidad no despreciable<sup>41</sup>. Por un lado, la actividad más importante y prometedora a finales del antiguo régimen, la sedería, entró en crisis y quedó en una posición marginal desde mediados del siglo XIX, generando así una pérdida de tejido industrial en Valencia y otras ciudades menores. Por su parte, el otro núcleo industrial tradicional, el textil lanero y las papeleras de Alcoi, experimentó un proceso de transformación y crecimiento, a pesar de lo cual no constituiría, como veremos, el fundamento para la nueva industrialización en ciernes. Ésta, que estaba en vías de consolidarse al entrar en el siglo XX, respondió a estímulos y sectores nuevos. Como precedente, sin embargo, había una etapa de iniciativas empresariales que florecieron en las décadas centrales del ochocientos ligadas a la construcción ferroviaria con participación de inversionistas autóctonos; a la aparición de una primera generación de entidades financieras que se vino abajo con la crisis de 1866; y a los negocios derivados del suministro de servicios urbanos como el gas y el agua<sup>42</sup>. Al mismo tiempo, el auge de la agricultura orientada al mercado fue creando un tejido disperso de comerciantes dedicados a la compra y comercialización de los productos agrarios o a la importación de fertilizantes para abastecer los campos. En algunos casos, como el de la casa Trenor, la combinación de estas actividades dio nacimiento a negocios sólidos y diversificados, que incluían también iniciativas industriales<sup>43</sup>.

Hacia 1900, la Comunidad Valenciana era, en la valoración de Jordi Nadal, la tercera región española por nivel de industrialización<sup>44</sup>. Sin em-

---

<sup>41</sup> Lluís Torró y Joaquim Cuevas, «Pels camins de la “via valenciana”: la indústria en el segle de la revolució», *Recerques*, 44, 2002, pp. 25 y 34. Juan A. Miranda, «Nuevos enfoques sobre la industrialización valenciana del siglo XIX», en J. Azagra, E. Mateu y J. Vidal (eds.), *De la sociedad tradicional a la economía moderna. Estudios de historia valenciana contemporánea*, Instituto de Cultura J. Gil-Albert, Alicante, 1996, pp. 253-273. Julio Martínez Galarraga, *La producción industrial en el País Valenciano (1861-1920). Tirando del «hilo industrial»*, Fundació Ernest Lluch, Villassar de Mar, 2009.

<sup>42</sup> Clementina Ródenas, *Banca i industrialització. El cas valencià, 1840-1880*, Valencia, Tres i Quatre, 1978; Telesforo M. Hernández, *Ferrocarriles y capitalismo en el País Valenciano, 1843-1879*, Ayuntamiento de Valencia, Valencia, 1983; Javier Vidal, *Comerciantes y políticos (Alicante 1875-1900)*, Instituto Juan Gil-Albert, Alicante, 1987; Joaquín Azagra, *Propiedad inmueble y crecimiento urbano: Valencia 1800-1931*, Síntesis, Madrid, 1993.

<sup>43</sup> Anacleto Pons y Justo Serna, «Trenor. Fets i paraules», en *Trenor. L'Exposició d'una gran família burgesa*, Universidad de Valencia, Valencia, 2009; Amparo Llopis, *Análisis contable de la Sociedad Trenor y Compañía (1838-1926)*, Universitat de València, Valencia, 2005, Tesis Doctoral.

<sup>44</sup> J. Nadal, «El desenvolupament...», *op. cit.*, p. 116

bargo, su aportación a la producción industrial española (el 8,31%) apenas superaba en una décima el porcentaje que representaba de la población del país. Esta posición la alejaba de la mayor parte de las regiones, donde la industria tenía una presencia muy limitada, pero al mismo tiempo la situaba notablemente por detrás de Cataluña, que representaba por esas fechas casi el 40% del sector secundario español<sup>45</sup>. La producción industrial había crecido muy rápidamente hasta la década final del ochocientos y aunque luego frenó su incremento, en el periodo 1914-1920 volvió a conocer tasas muy altas en el contexto español<sup>46</sup>.

Una parte sustancial y creciente de esta industria estaba muy vinculada al desarrollo agrario, de un modo diferente al de la región de Murcia, donde una agricultura igualmente intensiva estimuló las actividades secundarias a través, fundamentalmente, de la agroindustria<sup>47</sup>. En el caso valenciano existieron dos tipos de vínculos intersectoriales. Por un lado, estaban los sectores proveedores de bienes de producción para la agricultura: fertilizantes, máquinas, envases. Por otro, los sectores de bienes de consumo (muebles, calzado) estimulados por un mercado regional en expansión como consecuencia de la mejora de rentas que comportaba el crecimiento agrario. Éste y la creciente diversificación de la economía eran también responsables del avance urbano y la aparición de nuevas pautas de consumo: hacia 1930, había 27 municipios de más de 10.000 habitantes<sup>48</sup> y en casi todos ellos las actividades no agrarias tenían un peso importante. Este conjunto de incentivos y vínculos intersectoriales se desarrolló a partir de una estructura espacial que, enraizada en la tradición manufacturera anterior, tendría a su vez una amplia continuidad durante el siglo XX. Hubo, en este sentido, cuatro áreas industriales con características diferenciadas y trayectorias autónomas:

- A) El área que tenía su centro en Alcoi constituía una variante industrial autónoma y formada desde el siglo XVIII a partir de la dinámica interna de esta zona montañosa de difícil accesibilidad. Pese a ello, se trataba de la ciudad más industrializada y con mayor tra-

---

<sup>45</sup> Jordi Palafox, «La tardía industrialización de la economía valenciana», en L. Germán et alii (eds.), *Historia económica...*, op. cit., p. 403.

<sup>46</sup> J. Martínez, *La producción industrial...*, p. 197.

<sup>47</sup> José M. Martínez Carrión, *Historia económica de la región de Murcia. Siglos XIX y XX*, Consejería de Educación y Cultura, Murcia, 2002, pp. 363 y ss.

<sup>48</sup> Francisco J. Goerlich y Matilde Mas (dirs.), *La localización de la población española sobre el territorio. Un siglo de cambios*, Fundación BBVA, Bilbao, 2006, pp. 396-7.

dición manufacturera del territorio valenciano, en la cual se había desarrollado una industria lanera mecanizada. Además, el desarrollo textil se vio acompañado por el auge de otros sectores, en parte debido a los efectos multiplicadores de aquel: la industria papelera y, entrado ya el siglo xx, una industria metalúrgica ligada a las necesidades de maquinaria de los otros sectores. Se generaron, pues, vínculos interindustriales, al tiempo que una difusión espacial de la manufactura por la zona fronteriza entre las provincias de Alicante y Valencia<sup>49</sup>.

- B) En torno a la ciudad de Valencia se desarrolló la mayor concentración industrial de la región. Los nuevos sectores que tomaron aquí el relevo de la sedería, antigua especialización manufacturera de la ciudad, eran los más directamente relacionados con la demanda de bienes de producción para la agricultura. No en vano la capital se encontraba rodeada de la principal área de agricultura intensiva, prolongada hacia el sur en los naranjales de las riberas del Júcar, y su puerto era tanto el punto de salida de las exportaciones como también el de entrada de fertilizantes y otros insumos agrarios. Sobre esta base se desarrollaron las construcciones mecánicas, la química y la madera<sup>50</sup>, que cubrieron la demanda de norias y bombas para riego, equipo de cultivo como las trilladoras de arroz, equipo para molinería, fertilizantes, explosivos para la perforación de pozos y envases para la comercialización de productos agrarios<sup>51</sup>. Junto a

<sup>49</sup> Lluís Torró, «Los inicios de la mecanización de la industria lanera en Alcoi», *Revista de Historia Industrial*, 6, 1994, pp. 133-141. Joaquim Cuevas, «Innovación técnica y estructura empresarial en la industria textil de Alcoi, 1820-1913», *Revista de Historia Industrial*, 17, 1999, pp. 1-40; «Fabricants, comerciants i banquers. La formació de l'empresariat industrial d'Alcoi al segle XIX», *Recerques*, 41, 2000, pp. 75-106; «El papel de la banca en la primera industrialización valenciana. El distrito industrial de Alcoi durante el siglo XIX», en L. Garrigós y G. Blanes, coords., *150 anys d'ensenyament industrial a Alcoi*, Valencia, Universitat Politècnica, 2001, pp. 405-477; «Banking Growth and Industrial Financing in Spain during the 19th Century», *Business History*, vol. 44, 1, 2002, pp. 61-94. Ismael Vallés, *Indústria tèxtil i societat a la regió Alcoi-Ontinyent, 1780-1930*, Valencia, Universitat de València, 1986.

<sup>50</sup> J. Nadal, «El desenvolupament de l'economia...», *op. cit.*

<sup>51</sup> M. del Álamo, *Constructores ferroviarios valencianos*, Benicull, Ed. 7 i Mig, 1999; VV.AA., *De l'ofici a la fàbrica. Una família industrial valenciana en el canvi de segle. «La Maquinista Valenciana»*, Universitat de València, Valencia, 2000; Francesc A. Martínez Gallego, *Desarrollo y crecimiento: la industrialización valenciana, 1834-1914*, ConSELLERIA d'Indústria, Valencia, 1995, pp. 189 y ss.

estas actividades, la transformación de productos agrarios adquirió peso, sobre todo, con el auge de la molinería del arroz, que contaba con 180 establecimientos en 1922<sup>52</sup>. En cambio, otros sectores con gran presencia en la zona estuvieron más vinculados al crecimiento del mercado urbano: es el caso de la importante concentración de la industria del mueble al sur de la ciudad y la de cerámica al oeste. En definitiva, la peculiaridad más acentuada de esta zona, en relación con los otros núcleos, fue la gran diversificación de las actividades, que creó un tejido manufacturero complejo en el que la convergencia tecnológica y las transferencias de mano de obra tenían un cierto papel. Al mismo tiempo, ello implicaba la existencia de una nutrida clase obrera en el ámbito urbano y en algunos pueblos cercanos a la capital, que convivía con la fuerte ruralidad de este espacio densamente poblado que era el área de influencia de la ciudad de Valencia. Una dualidad que dejaría su huella en las relaciones políticas de la zona durante el primer tercio del siglo, en las que se enfrentaron las sociedades obreras y el republicanismo de un lado y, del otro, un conservadurismo católico también con amplia base social en la agricultura<sup>53</sup>.

- C) En los valles alicantinos del Vinalopó el desarrollo manufacturero se debió a una particular conjunción de circunstancias. Por un lado, se trataba de la zona privilegiada de paso entre el interior peninsular y el puerto de Alicante, lo que alimentó una tradición de trajinería que comercializaba también artesanías locales a pequeña escala. Por otro lado, las insuficiencias de la agricultura de secano en un medio físico árido donde predominaba la pequeña propiedad crearon inicialmente la necesidad de ingresos complementarios<sup>54</sup>. De ese modo, se desarrollaron diversas actividades artesanales que, a principios del siglo xx, estimuladas en parte por la demanda ligada al auge vitícola de las décadas previas, ha-

---

<sup>52</sup> Vicent Soler, *Guerra i expansió industrial: País Valencià (1914-1923)*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 1984, p. 95.

<sup>53</sup> Ramir Reig, *Obrers i ciutadans: blasquisme i moviment obrer. València, 1898-1906*, Alfons el Magnànim, Valencia, 1982.

<sup>54</sup> Josep M. Bernabé, *Indústria i subdesenvolupament al País Valencià. El calçat a la Vall del Vinalopó*, Editorial Moll, Mallorca, 1975. Josep A. Ybarra et al., *El calzado en el Vinalopó, entre la continuidad y la ruptura: estudio sobre economía y trabajo en el sector*, IDELSA, Elda, 2004.

bían dado lugar a una industria de zapatos en Elda y otra alpargatera en Elche<sup>55</sup>.

- D) Un cuarto núcleo, de menor importancia pero llamado a un gran dinamismo en la segunda mitad del siglo, fue el de producción de cerámica en Onda y Alcora (Castellón). Enraizado en la manufactura creada en el siglo XVIII por el conde de Aranda y con la ventaja de la disponibilidad de materias primas locales, esta industria se expandiría hacia el litoral castellonense, en contacto ya con una de las áreas más dinámicas de la agricultura citrícola.

El desarrollo de este conjunto de actividades industriales mantenía, como acabamos de ver, relaciones complejas con el sector agrario. La propia diversidad de éste hacía que los vínculos fueran de naturaleza muy variada: relaciones intersectoriales, demanda ligada a la mejora de las rentas agrarias, transferencias de mano de obra con cierto peso de la pluriactividad<sup>56</sup>. Todo parece apuntar, pues, al reforzamiento mutuo entre desarrollo agrario e industrial, lejos de la incompatibilidad que la historiografía había supuesto en los primeros planteamientos sobre esta cuestión.

Las características iniciales de este tejido industrial habrían de tener una larga vigencia a lo largo del siglo. Por un lado, un elevado grado de dispersión espacial, a pesar de las concentraciones señaladas más arriba. Por otro, una gran diversidad sectorial, de modo que ningún sector resultaba decisivo en su aportación al producto total. Finalmente el predominio de las empresas de pequeño tamaño, numerosas en cada uno de los sectores y creadas muchas veces por trabajadores cualificados que abandonaban los talleres donde se habían formado para emprender un camino propio como empresarios. En esta época de auge de la llamada segunda revolución industrial, esta estructura no resultaba anacrónica. No sólo correspondía a los recursos financieros disponibles y a la demanda potencial existente, sino que se justificaba por la escasa importancia de las economías de escala en los sectores mayoritarios. Por otro lado, la aplicación de la electricidad a los procesos productivos posibilitó la mecanización de estas actividades que, sin embargo, seguían siendo muy intensivas en trabajo. En todo caso, fue también en esta etapa cuando hicieron su aparición empresas de mayor tamaño o que alcanzarían rápidamente una mayor es-

---

<sup>55</sup> José A. Miranda, *Hacia un modelo industrial. Elche, 1850-1930*, Instituto J. Gil-Albert, Alicante, 1991.

<sup>56</sup> L. Torró y J. Cuevas, «Pels camins...», *op. cit.*

cala, especialmente en el sector de la construcción naval (*Unión Naval de Levante*), cemento (*Compañía Valenciana de Cementos Portland*) e incluso en la siderurgia (*Compañía Siderúrgica del Mediterráneo*), en este caso de capital vasco<sup>57</sup>. Paralelamente, en los años veinte se producía el intento más trascendental, en todo el siglo, de crear una banca autóctona, mediante la compra del Banco de Valencia por un grupo de empresarios cuyas actividades constituyen una buena muestra del grado de diversificación que había alcanzado la economía regional. Entre ellos, algunos nombres fundamentales en la evolución económica del siglo, como Vicente Noguera o Ignacio Villalonga.

Consolidado antes de la Guerra Civil, este modelo industrial atravesó el periodo de la autarquía con escasas alteraciones en sus rasgos básicos, pero sufrió un profundo estancamiento. Como en el caso de la agricultura de exportación, el impacto negativo fue aquí mayor que en otras regiones: la pérdida de los mercados exteriores, la escasa presencia de las iniciativas ligadas al I.N.I o los problemas para obtener materias primas importadas o asignadas por el Estado, fueron factores que contribuyeron a ello. La industria regional se recuperó lentamente y a partir de la propia dinámica interna. Se ha afirmado que el ciclo expansivo de las exportaciones de cítricos desde finales de los años cuarenta impulsó la inversión industrial en diversas iniciativas dispersas<sup>58</sup>. Sin embargo, ha habido unanimidad en atribuir al proceso de liberalización y al Plan de Estabilización un impacto positivo mucho mayor que en otras regiones, en función precisamente de las dimensiones también mayores del freno que había supuesto la autarquía. Durante los años sesenta el crecimiento fue muy rápido: entre 1962 y 1973 el producto industrial creció a una tasa anual del 9%, dos puntos superior a la media española<sup>59</sup>, y desde 1964 la población activa en el sector secundario superó a la dedicada a la agricultura.

En este proceso, el primer impulso parece haber procedido del mercado interior, pero muy pronto las exportaciones a Europa y Estados Unidos pasaron a crecer mucho más rápido que la producción, lo que elevó su peso en las exportaciones industriales españolas, como se ha dicho en el

---

<sup>57</sup> Manuel Girona, *Minería y siderurgia en Sagunto (1900-1936)*, Alfons el Magnànim, Valencia, 1989.

<sup>58</sup> M.A. Fabra, *El País Valencià... op. cit.*, pp. 245 y ss.

<sup>59</sup> Francisco Mas, «La industria valenciana: un breve recorrido por el siglo XX», en VV.AA., *De la Exposición Regional a la Copa del América. Economía valenciana en el siglo XX*, Cámara de Comercio, Valencia, 2006, p. 132



**Cuadro 4**

## Distribución sectorial de la producción y la población activa (%)

	Agricultura	Industria	Construcción	Servicios
1955	20,1	35,1	4,6	40,2
1960	29	30,3	3,2	37,5
1975	9,1	32,5	8	50,4
1989	4,2	27,3	7,8	60,7

  

Población activa				
	Agricultura	Industria	Construcción	Servicios
1955	48,4	23	4,5	24,1
1960	42,6	23,6	5	28,7
1975	17,9	33,1	10	39
1989	10,7	28,5	8,3	52,5

*Fuente:* J.A. Martínez Serrano y E. Reig, «Crecimiento y cambio en la economía valenciana», en Martínez Serrano, Pedreño y Reig (dirs.), *Estructura económica...*, *op. cit.*

anterior apartado. La vertiente exportadora, que algunas empresas habían abierto de forma limitada con anterioridad, se volvió ahora decisiva para muchos sectores, mientras la demanda local vinculada a la agricultura perdió el papel motor que había tenido en el pasado.

En este punto, la pregunta clave es cómo una estructura industrial cuyos rasgos no cambiaron sustancialmente desde finales del siglo XIX pudo resultar adecuada para fundamentar la plena industrialización regional en un contexto nuevo, caracterizado por el ascenso del consumo de masas en España, la mayor competencia internacional y el cambio técnico acelerado bajo la impronta del paradigma fordista. La respuesta estriba en la combinación de las ventajas comparativas que residían en ese modelo tradicional y de un conjunto de adaptaciones no espectaculares pero que favorecieron la ampliación de la escala de aquella estructura industrial.

En primer lugar, la amplia presencia de sectores de bienes de consumo diversificados —mueble, calzado, confección, juguete, cerámica— se vio estimulada, de manera directa, por la mejora de los niveles de renta en la España de esos años. Al mismo tiempo, se pudo producir una rápida aparición de nuevas empresas, dadas las reducidas barreras de entrada en estos

sectores a causa de la baja intensidad tecnológica y la adecuación de las unidades productivas de pequeño tamaño. El tejido de pequeñas empresas heredado del pasado, y ahora ampliado, mostró un gran dinamismo. Las desventajas del tamaño y de la dispersión territorial se vieron compensadas, en gran medida, por la presencia de una acentuada especialización de los diversos núcleos comarcales que, como hemos visto, nacieron en el siglo XIX. Así, surgieron economías de aglomeración en cada uno de estos núcleos, relacionadas con la presencia de un mercado de trabajo especializado y empresas de servicios adaptadas al tipo de producción de cada una de las comarcas o dedicadas a producir bienes intermedios, que permitían la generación de «importantes economías de escala inmóviles, externas a la empresa pero internas a la industria»<sup>60</sup>.

Al mismo tiempo, la transferencia de fuerza de trabajo desde el sector primario adoptó aquí un ritmo peculiar. Si bien hubo flujos regionales importantes, complementados con una fuerte inmigración, los límites para el abandono de una actividad agraria todavía rentable e intensiva en trabajo proporcionaron una reserva de mano de obra — a tiempo parcial y no movilizable espacialmente— que la industria aprovechó mediante el trabajo a domicilio. Esta economía informal, caracterizada por condiciones laborales precarias, contribuyó a la flexibilidad de estos núcleos industriales, al reducir los costes fijos de las empresas y permitir ajustes relativamente rápidos en los volúmenes de producción. No puede hablarse simplemente de un rasgo tradicional que operase en este proceso de desarrollo, sobre todo si recordamos que este modelo caracterizó también, por las mismas fechas, la dinámica industrial de la Italia central. El crecimiento de la confección en zonas nuevas, como la provincia de Castellón, se basó fundamentalmente en el trabajo a domicilio. Y el auge de este fenómeno acompañó también la renovación de la industria textil de la zona de Alcoi, que comportó la crisis de las viejas empresas. En suma, la entidad de este fenómeno es muestra de que no se trataba «de segmentos sumergidos sino

---

<sup>60</sup> Martínez Serrano, Reig y Soler, *Evolución de la economía...*, *op. cit.*, p. 177. Estas peculiaridades han permitido aplicar el concepto de distrito industrial a estos modelos comarcales; véase J. Antonio Tomás (dir.), *Dinámica industrial e innovación en la Comunidad Valenciana: análisis de los distritos industriales del calzado, cerámica, mueble y textil*, IMPIVA, Valencia, 1999. Con mayor perspectiva histórica: José A. Miranda, «Industrialización y distritos industriales: la Comunidad Valenciana», en A. Di Vittorio, C. Barciela y G.L. Fontana (eds.), *Storiografia d'industria e d'impresa in Italia e Spagna in età moderna e contemporanea*, CLEUP, Padua, 2004, pp. 219-248.

más bien de actividades productivas que nacen vinculadas directa y totalmente al trabajo clandestino»<sup>61</sup>.

Sin embargo, esta estructura desarrolló una gran capacidad de adaptación en cuanto a productos, tecnología y capacidad empresarial. Si el textil inició un nuevo ciclo de crecimiento después de la crisis de las actividades más tradicionales, fue gracias a la reorientación de la producción hacia el textil del hogar y de decoración —lo que iba acompañado de cambios en las fibras utilizadas—, con una gran diversidad de productos y basado en series cortas para adaptarse al cambio más frecuente de las modas<sup>62</sup>. La fabricación de azulejos en Castellón experimentó uno de los procesos más destacados de renovación tecnológica, bajo la presión de la competencia italiana en el propio mercado español: hornos continuos, prensas automáticas y mecanización de la manipulación de los materiales fueron transformaciones que incrementaron la capacidad productiva y la productividad. Ello coexistió con tecnologías intermedias a pequeña escala, bien adaptadas a productos particulares<sup>63</sup>. El resultado haría de este sector uno de los de mayor crecimiento en la segunda mitad del siglo. En el caso del calzado, destacó sobre todo la capacidad para adaptarse a las preferencias de mercados exteriores como el norteamericano, a donde iban destinadas buena parte de las exportaciones, aunque la iniciativa en cuanto al diseño —que cobraba ahora una importancia central— estuvo muy marcada por los importadores norteamericanos<sup>64</sup>. En este sector, como en el de la cerámica y otros, la nueva fase de crecimiento iba acompañada de la aparición de numerosas empresas nuevas que desplazaron en ocasiones a las que venían del pasado. Por su parte, la zona de Ibi y Onil (Alicante), donde en el siglo XIX había arrancado una industria juguetera, se convirtió en el principal núcleo español de esa producción, mediante la renovación de los materiales de fabricación y algún proceso de concentración empresarial, como el que dio lugar, en 1957, a la firma *Famosa* a partir de la unión de 27 pequeñas empresas familiares<sup>65</sup>. En casi todos los sectores, la recuperación in-

<sup>61</sup> A. Martínez Estévez y L. García Menéndez, «La economía sumergida en la Comunidad Valenciana», *Papeles de Economía Española*, 22, 1985, p. 383.

<sup>62</sup> Martínez, Reig y Soler, *Evolución de la economía...*, *op. cit.*, pp. 190-200.

<sup>63</sup> *Ibidem*, pp. 200-207.

<sup>64</sup> J.A. Tomás, *Dinámica industrial...*, *op. cit.*, p. 119.

<sup>65</sup> Enrique Claver *et alii*, *Plan de Estabilización e industrialización de la economía alicantina*, Diputación Provincial, Alicante, 1982, pp. 56 y ss.

dustrial de los años cincuenta estuvo acompañada por el surgimiento de una nueva generación de empresarios<sup>66</sup>.

La innovación implicaba a veces la apertura de nuevas líneas productivas, generalmente impulsadas por empresas recién creadas con un capital inicial reducido pero con un crecimiento posterior muy rápido y, en ocasiones, con proyección exterior. Dos ejemplos bastarán, ambos surgidos en una misma población rural de la provincia de Valencia. La firma de origen familiar *Istobal* nació en 1950 a partir de un pequeño taller de reparaciones en L'Alcúdia; dedicada, entre otros equipamientos, a la producción de instalaciones automáticas de lavado de automóviles, a finales de siglo se había convertido en uno de los mayores productores mundiales en este sector. Otro caso es el de *Frudesa*, creada en 1959 para la producción de verduras congeladas, un mercado incipiente en España que la nueva empresa iba a dominar durante décadas, antes de ser absorbida sucesivamente por varias multinacionales alimentarias —entre ellas *Unilever*— a finales de siglo. Por el contrario, en otros casos, como el del turrón de Jijona, la competitividad se fundamentaba en la presentación como un producto «artesanal» diferenciado e identificado con un lugar de origen singular, si bien con una gran diversidad de marcas.

Aunque era predominante, el desarrollo autóctono no fue el único impulsor de la industrialización. La llegada de las empresas multinacionales —básicamente la planta de montaje de *Ford* en Almussafes en 1976 y la de *IBM* en las cercanías de Valencia— estimuló un fenómeno poco importante hasta ese momento: las relaciones interindustriales como motor de crecimiento<sup>67</sup>. Junto a otras firmas de la región que habían alcanzado un tamaño mayor, como *Macosa*, *Unión Naval de Levante* o la siderurgia del Puerto de Sagunto, estas empresas indujeron el desarrollo de industrias auxiliares importantes. Se diversificaba así un tejido manufacturero esencialmente heredado del pasado.

En definitiva, este desarrollo y ampliación de las bases industriales tradicionales disolvieron también la centralidad del mundo agrario. Los conflictos sociales dominantes dejaron de situarse en torno a la tierra y al trabajo del campo para adquirir una fuerte impronta fabril. Así, durante los años sesenta, varias huelgas en grandes empresas como *Altos Hornos* de Sagunto y *Macosa* respondieron a los intentos de introducir los nuevos

---

<sup>66</sup> Javier Vidal, «Introducción», en *Cien empresarios valencianos*, LID, Madrid, 2005, p. 13.

<sup>67</sup> Soler «L'arrencada...», *op. cit.*, p. 373-5

métodos de control del trabajo de carácter fordista y generaron nuevos repertorios de protesta<sup>68</sup>. Sin embargo, las características del sistema industrial condicionaban la implantación del sindicalismo. El predominio de las empresas de tamaño reducido hacía que el movimiento fuera más vulnerable ante la represión de la dictadura, dada la necesidad de establecer relaciones externas a la fábrica para sostener la actividad sindical<sup>69</sup>. En estas condiciones, el nacimiento de CC.OO. fue tardío (1966), pero estuvo seguido de un crecimiento muy rápido en medio de la aparición de nuevos contingentes de trabajadores durante el auge industrial de los sesenta.

Uno de los más significativos cambios sociales derivados de este crecimiento industrial fue la importancia adquirida por la inmigración procedente de regiones del centro y sur peninsulares. Durante la segunda mitad del siglo, la Comunidad Valenciana se convirtió en la tercera región en número de inmigrantes, tras Cataluña y Madrid, pero por delante del País Vasco. El saldo migratorio fue de 777.000 personas entre 1955 y 1998 y estuvo especialmente concentrado en las dos décadas entre 1960 y 1980, con 547.828 efectivos<sup>70</sup>. Ello suponía un cambio notable respecto al primer tercio de siglo, cuando habían predominado los saldos negativos. También ahora existió un movimiento importante de valencianos que emigraron a Europa (flujo que se había iniciado con anterioridad a la Guerra Civil<sup>71</sup>), pero la importancia de la inmigración neta pone de manifiesto la existencia de poderosos factores de atracción de trabajadores procedentes, sobre todo, de La Mancha y Andalucía. El diferencial de renta respecto a la media española —un 7% mayor en 1960, frente al 49% de Cataluña, 45% de Madrid o 61% del País Vasco<sup>72</sup>— no explica del todo esta atracción, pero el movimiento respondió a la gran demanda de mano de

---

<sup>68</sup> Ramiro Reig, «Repertorios de la protesta. Una revisión de la posición de los trabajadores durante el primer franquismo», en I. Saz y A. Gómez Roda (eds.), *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Episteme, Valencia, 1999, pp. 37-76.

<sup>69</sup> Alberto Gómez Roda, *Comisiones Obreras y represión franquista. València, 1958-1972*, PUV, Valencia, 2004, p. 18.

<sup>70</sup> Francisco J. Goerlich y Matilde Mas, *La evolución económica de las provincias españolas (1955-1998)*, Fundación BBVA, Bilbao, 2001, vol. I, p. 82; Eugenio L. Burriel y Julia Salom, «La distribución de la población y el sistema urbano», en Juan Romero *et alii* (coord.), *La periferia emergente. La Comunidad valenciana en la Europa de las regiones*, Ariel, Barcelona, 2001, p. 122.

<sup>71</sup> E. L. Burriel y J. Salom, «La distribución...», *op. cit.*, p. 119.

<sup>72</sup> A. Carreras y X. Tafunell, *Estadísticas históricas...*, *op. cit.*, vol. III, p. 1372.

obra no sólo por el crecimiento industrial intensivo en trabajo, sino también por el turismo, la construcción e, incluso, la agricultura de regadío. El crecimiento urbano en las provincias de Alicante y Valencia, donde se concentraron mayoritariamente los inmigrantes, se vio influido por estos flujos de población, que afectaron también a buen número de ciudades intermedias.

### 5. Revalorización del territorio en la crisis de la agricultura tradicional: el desarrollo turístico

El impulso inicial que la inmigración ejerció sobre la construcción de viviendas se vería muy pronto multiplicado por la irrupción del fenómeno turístico. Como resultado de ello, en 1998, Valencia y Alicante eran, respectivamente, la tercera y cuarta provincias españolas en *stock* de capital residencial, del cual la Comunidad reunía el 13% del total del país<sup>73</sup>. El auge del turismo acentuó los efectos que el desarrollo económico anterior había tenido sobre el territorio<sup>74</sup>. Las desigualdades espaciales habían estado tradicionalmente ligadas al dualismo entre secano y regadío, que coincidían con la localización interior y litoral, respectivamente. La industrialización acentuó este contraste, aunque en el sur se basó, en parte, en el impulso de zonas del interior de Alicante. El auge del turismo y el desarrollo urbano ligado parcialmente a él aumentaron, por último, la concentración demográfica y económica en una franja litoral muy estrecha, con un desplazamiento de las mayores densidades hacia la provincia de Alicante (que, a finales de siglo, reunía algo más del 50% del alojamiento turístico de la Comunidad<sup>75</sup>). La superposición de actividades turísticas, industriales y agrarias en gran parte de esta franja y el gran potencial de desarrollo de las primeras condicionaron decisivamente la evolución peculiar del sector primario que veremos en el apartado siguiente. Las decisiones políticas sobre el uso del suelo y la competencia por el agua son dos de los elementos decisivos relacionados con esta modalidad de desarrollo.

---

<sup>73</sup> F. J. Goerlich y M. Mas, *La evolución económica...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 107-110.

<sup>74</sup> Juan Piqueras, *El espacio valenciano: una síntesis geográfica*, Gules, Valencia, 1999, cap. 16.

<sup>75</sup> J. Fernando Vera y Carlos J. Baños, «Actividad y espacios turísticos», en J. Romero *et alii*, *La periferia emergente...*, *op. cit.*, p. 375.

Una combinación de rasgos del relieve y del clima resultó favorable al desarrollo del turismo<sup>76</sup>. Por un lado, un litoral predominantemente bajo y arenoso, junto a la presencia de laderas montañosas cercanas a la costa donde se podía ubicar las zonas residenciales con ventajas estéticas. Por otro, el clima templado de veranos moderadamente calurosos, bajas precipitaciones y elevado número de horas de sol al año favorecía las actividades de ocio. Sólo los recursos hídricos suponían un límite que comenzó a generar tensiones desde finales de siglo.

De hecho, el uso del litoral como lugar de descanso o terapéutico se había iniciado muy pronto con carácter estrictamente regional y con flujos turísticos de proximidad<sup>77</sup>. Como resultado del crecimiento agrario e industrial, amplios sectores acomodados de los núcleos urbanos de mayor peso económico iniciaron la práctica del veraneo en playas cercanas, en ocasiones desde principios de siglo: así los de Castellón en Benicasim; los de Valencia en Cullera, Gandía, Denia o Jávea; los de Alcoy en Altea o Benidorm; los de Alicante y Elche en San Juan o Santa Pola; y los de Orihuela en Torreveja<sup>78</sup>. Desde la década de 1960, esta tendencia se amplió rápidamente en dos sentidos: socialmente se fueron incorporando a ella sectores intermedios y también trabajadores, mientras comenzaban a llegar a la costa veraneantes procedentes de Madrid y provincias interiores, conforme el desarrollo económico español abría paso al turismo de masas. De manera simultánea se ampliaba, como en otras áreas del Mediterráneo, la llegada de turistas europeos que se había iniciado con fuerza durante la década de 1950. Esta nueva vinculación exterior de la economía estuvo acompañada, como había sucedido en la agricultura un siglo atrás, por un importante protagonismo del capital extranjero, sobre todo por el papel que desempeñaron los operadores turísticos alemanes y británicos como intermediarios en el flujo de turistas de esas nacionalidades. Con una actividad muy concentrada en pocas empresas, estos operadores prácticamente «crearon» el Mediterráneo español como destino turístico europeo<sup>79</sup>.

---

<sup>76</sup> Rosario Navalón, *Agricultura y turismo en la franja costera de la Comunidad Valenciana*, Fundació Bancaixa, Valencia, 2001, pp. 97, 137, 142 y 147.

<sup>77</sup> Antonio López Gómez, «El veraneo tradicional en las costas valencianas. “Barragues” y “casetes de mar” en la huerta de Gandía», *Cuadernos de geografía*, 22, 1978, pp. 1-28; Vicenç M. Rosselló, *El litoral valencià*, L’Estel, Valencia, 1969, vol. II, p. 96.

<sup>78</sup> R. Navalón, *Agricultura y turismo...*, *op. cit.*, p. 372.

<sup>79</sup> José M. Nacher y Andrés García Reche, «El sector turístico», en Soler, *Economía española...*, *op. cit.*, p. 332.

La entrada de capital exterior en la compra de suelo y la promoción de inmuebles completó esta presencia.

La evolución de esta actividad terciaria desde mediados de siglo ha estado caracterizada por ciclos bien marcados. Así, al auge extraordinario de los años sesenta siguió un parón como consecuencia de la crisis iniciada en 1973. Durante la segunda mitad de los ochenta hubo una nueva expansión, pero en 1989 la afluencia de turistas estaba otra vez en retroceso como consecuencia de la reducción del diferencial español de precios, la competencia de nuevos destinos y las deficiencias de la infraestructura turística valenciana<sup>80</sup>. Finalmente, desde mediados de los años noventa se produjo una tendencia al alza, con nuevos componentes como la residencia definitiva de jubilados europeos. Todas las cifras muestran un crecimiento muy notable. Desde el lado de la oferta, las 20.533 plazas hoteleras de 1968 eran 74.067 en 1990 y 112.789 en 2006. Por su parte, las plazas no hoteleras, que eran un mínimo de 139.500 en 1968, habían pasado a 1.668.842 en 1994<sup>81</sup>. En cuanto al número de turistas llegados, en 2008, con 5,6 millones de extranjeros, la Comunidad recibía el 10% del total español, mientras los 17,3 millones de turistas nacionales representaban el 11% del total<sup>82</sup>.

En cuanto al impacto del turismo sobre la economía, ha habido grandes dificultades para cuantificarlo, con el uso de multiplicadores o de medios indirectos como la comparación de los niveles de renta entre municipios turísticos y no turísticos, siempre favorable a los primeros. En cualquier caso, el peso en el PIB ha sido mayor que en el conjunto de España y ha tendido a incrementarse. En 1992, el turismo representaba el 8,8% del producto regional, frente al 7,7 en España, pero en 2005 las cifras eran de 13,8% y 11% respectivamente. En cuanto al empleo, en 2008 las actividades turísticas representaban el 13,7 de la población ocupada. La aportación a la creación de tejido productivo resulta todavía más difícil de evaluar. Así, en los servicios directamente vinculados al turismo, como

---

<sup>80</sup> J. Fernando Vera, «El turismo», en José A. Martínez Serrano, Andrés Pedreño y Ernest Reig (dirs.), *Estructura económica...*, *op. cit.*, p. 212.

<sup>81</sup> V. M. Rosselló, *El litoral...*, *op. cit.*, II. p. 92; J. F. Vera «El turismo», *op. cit.*, p. 233; José M. Nácher y Andrés García Reche, «El sector turístico», *op. cit.*, p. 329; J. Fernando Vera, Jorge Cruz y Carlos J. Baños, «Turismo y organización del territorio: desajustes de un modelo de implantación y nuevas estrategias», *Cuadernos de geografía*, 58, 1995, p. 442.

<sup>82</sup> *El turismo en la Comunidad Valenciana, 2008*, pp. 6 y 11.



las agencias de viajes o los hoteles, las iniciativas de origen regional parecen haber sido, generalmente, limitadas y dispersas. Aunque existen agencias valencianas de cierta importancia en un momento u otro —*Europa Travel* y, más tarde, *EstivalTour* o *Viajes Gheisa*—, no se ha consolidado como multinacional ninguna cadena hotelera autóctona, pese a que los negocios de Meliá habían surgido precisamente en la ciudad de Valencia. En cuanto al tráfico aéreo, el crecimiento de los aeropuertos de Alicante y Valencia se ha visto acompañado por la creación de una compañía aérea con capitales originariamente procedentes de la industria regional, *Air Nostrum*. Sin duda, el impacto mayor se ha dado en la construcción, en consonancia con el modelo de desarrollo turístico que se ha seguido y en contraste con regiones como Cataluña o Baleares.

El turismo en tierras valencianas se ha caracterizado, desde sus inicios, por tres rasgos con bastante continuidad a lo largo del tiempo. En primer lugar, por la captación mayoritaria de visitantes de nivel de renta relativamente bajo, con uno de los menores gastos por persona de España: 63 € por turista extranjero en 2006 frente a la media española de 91<sup>83</sup>. En segundo lugar, por un peso mayor y un crecimiento más rápido de los turistas españoles respecto a los procedentes de Europa: éstos suponían, por las mismas fechas, sólo el 22% del total de visitantes. En tercer lugar, por el predominio del carácter residencial sobre el hotelero: en 1994 era la Comunidad con mayor número de viviendas para uso turístico en España, mientras en pernoctaciones hoteleras ocupaba una posición muy por detrás de otras regiones<sup>84</sup>.

El alojamiento mayoritario de turistas en casas o apartamentos ha influido decisivamente tanto en el impacto de esta actividad sobre la economía regional como en la huella dejada sobre el territorio. Se ha destacado que el carácter residencial tiende a fortalecer la economía de la región, a causa de la moderación que imprime a la acentuada estacionalidad característica del consumo turístico y de los grandes efectos de arrastre que acompañan al sector de la construcción, entre ellos la elevada creación de empleo. Al mismo tiempo, también se ha desestacionalizado la residencia de población extranjera en muchos núcleos, lo que ha reforzado el impacto positivo sobre el comercio minorista y otras actividades terciarias.

<sup>83</sup> José M. Nácher y Andrés García Reche, «El sector turístico», *op. cit.*, p. 325.

<sup>84</sup> Fernando Vera, Jorge Cruz y Carlos J. Baños, «Turismo y organización...», *op. cit.*, p. 442.

Sin embargo, esta modalidad de negocio turístico ha tenido un gran impacto sobre el territorio. Desde sus inicios, la ocupación del espacio se caracterizó por una elevada espontaneidad, vinculada a la especulación inmobiliaria, lo que generaba un «consumo» de suelo al cual el planeamiento urbanístico se limitaba, la mayoría de veces, a otorgar legalidad<sup>85</sup>. De ahí que, desde los primeros momentos, se hiciera presente la crítica de un crecimiento desordenado y destructor del paisaje, idea que ha convivido desde entonces con la valoración creciente del turismo como motor de crecimiento, un debate permanente en el que el símbolo extremo de una y otra postura ha sido el crecimiento de la ciudad vacacional de Benidorm, desmesura para unos, aspiración y modelo para otros. En cualquier caso, el resultado ha sido que, a principios del siglo XXI, está urbanizado el 56% del litoral, cifra que en Alicante se eleva al 80%<sup>86</sup>. La presión de esta ocupación del suelo, extensiva pero al mismo tiempo densa en muchos puntos, se ha dejado notar en la demanda hídrica, lo que ha generado una competencia con los usos tradicionales de carácter agrario.

En consonancia con ello, la actividad constructora ha tenido en la Comunidad un peso en el producto —en torno al 8% del VAB en las décadas finales del siglo— y en el empleo mayor que la media española<sup>87</sup>. Los ciclos que ha experimentado reflejan la dinámica económica regional, con un efecto combinado de la demanda interna ligada al desarrollo económico y al crecimiento demográfico y la demanda procedente del turismo, una combinación que ha ido cambiando con el tiempo. Hubo una fase de crecimiento muy rápido durante los años sesenta y setenta, en respuesta a la necesidad de vivienda creada por el desarrollo industrial, la elevada inmigración y los inicios del turismo. Este auge dio lugar, por ejemplo, a la expansión del área metropolitana de la capital<sup>88</sup>, y llegó a su fin con una crisis de la construcción muy acentuada en los primeros años ochenta y otra, aún mayor, hacia 1992-93. En los momentos de auge jugó un papel destacado la inversión extranjera en la compra de inmuebles: en 1986,

---

<sup>85</sup> Fernando Vera, Jorge Cruz y Carlos J. Baños, «Actividad y espacios...», *op. cit.*, p. 391.

<sup>86</sup> La cifra incluye suelo urbano y urbanizable, en la franja de un kilómetro desde el mar; *Ibidem*, pp. 391-192.

<sup>87</sup> Paloma Taltavull, «El mercado inmobiliario y de la construcción», en Soler, *Economía española...*, *op. cit.*, p. 401.

<sup>88</sup> Josep Sorribes, «Proceso de urbanización y promoción inmobiliaria en la comarca de l'Horta (1960-1975)», *Investigaciones económicas*, 8, 1978, pp. 101-123.

por ejemplo, este flujo superó los 20.000 millones de pesetas<sup>89</sup>. Desde los años ochenta, la provincia de Alicante lideró el número de viviendas iniciadas, mientras Castellón se acercaba a las cifras de Valencia, aunque en esta última provincia se encontraba más de la mitad de la población ocupada en el sector como consecuencia de la importancia de la obra civil. La nueva fase de expansión iniciada en 1994 se vio impulsada, además de por factores macroeconómicos de alcance nacional, por las modalidades nuevas de turismo residencial y la demanda generada directa o indirectamente por la inmigración extranjera.

Además, esta última etapa fue modelada por la nueva legislación de carácter autonómico iniciada en 1994 con la Ley Reguladora de la Actividad Urbanística. Ésta aportó dos novedades básicas con grandes repercusiones: la aparición del agente urbanizador privado y el cambio en la calificación del suelo como efecto de la acción urbanizadora misma, y no como resultado de una definición administrativa<sup>90</sup>. Valorado por algún autor como un medio de desbloquear el mercado del suelo y romper los monopolios establecidos en él, lo que suponía una voluntad contraria a la especulación<sup>91</sup>, la forma en que se desarrollaron estos nuevos instrumentos bajo los gobiernos conservadores desencadenó, de hecho, una oleada especulativa en el urbanismo, cuyas consecuencias sociales (los nuevos protagonistas; las colusiones políticas) y económicas (los efectos multiplicadores pero también la formación de la burbuja inmobiliaria quebrada en 2007) están todavía por evaluar. Producida cuando el desarrollo industrial valenciano parecía agotado en muchos de sus componentes, esta fiebre constructora ha contribuido al crecimiento tanto como a ocultar las carencias en otras actividades productivas.

## 6. Los límites de los modelos agrario e industrial

En el último cuarto del siglo XX, las vías de desarrollo seguidas tanto en la agricultura como en la industria perdieron gran parte de su dinamismo anterior, sin que se produjeran, como consecuencia, procesos de trans-

---

<sup>89</sup> Paloma Taltavull, «El sector de la construcción», en José A. Martínez Serrano, Andrés Pedreño y Ernest Reig, *Estructura económica...*, *op. cit.*, p. 182.

<sup>90</sup> P. Taltavull, «El mercado inmobiliario...», *op. cit.*, pp. 431-432.

<sup>91</sup> Gerardo Roger, «Los procesos urbanos», en J. Romero, *La perifera emergente...*, *op. cit.*, pp. 235 y ss.

formación destacables. Probablemente ello se ha traducido en un ritmo de crecimiento económico que ha hecho retroceder la posición relativa de la Comunidad en el conjunto español, tal como señalábamos en la introducción. En la última década del siglo, la renta *per capita* se situaba por debajo de la media española. Si en los años de cambio de siglo, entre 1995 y 2002, el producto bruto crecía más rápidamente que el español, ello se debía, fundamentalmente, a la construcción, que en España aumentó un 37% mientras en la Comunidad lo hacía un 63%<sup>92</sup>. El crecimiento industrial, por el contrario, ha sido algo menor que la media española pero, en conjunto, la región no ha reducido su participación en el PIB nacional, situada entre el 9 y el 10%. Ello ha estado acompañado de un crecimiento demográfico por encima del nacional debido, en gran medida, a la inmigración; y de un aumento de la productividad total de los factores sensiblemente inferior a la media española (excepto en la provincia de Castellón)<sup>93</sup>.

El balance global muestra, por tanto, dificultades para mejorar la riqueza real por habitante, en relación con la media española. La hipótesis con la que pretendemos finalizar este trabajo es que las razones del bajo dinamismo relativo de los sectores primario y secundario en esta última etapa hay que buscarlas en las características que adoptó el desarrollo gestado desde finales del siglo XIX. El éxito posterior del modelo creó inercias o bloqueos que han dificultado, de diversas maneras, la adaptación a la nueva fase de internacionalización de la economía y cambio tecnológico de finales del siglo XX. Podría decirse que las ventajas comparativas regionales —pequeña propiedad, tradición de regadío, empresas de pequeño tamaño, mano de obra relativamente barata— habían dejado de actuar como en el pasado y se requería la creación de otras diferentes para hacer frente a la competencia de productores, tanto agrarios (Andalucía oriental, norte de África) como industriales (países emergentes) centrados en las mismas líneas pero con mayores niveles de productividad y costes inferiores. En este contexto, la producción valenciana ha mantenido una vinculación exterior amplia, pero en retroceso respecto al papel históricamente central que había tenido en las exportaciones españolas.

En lo que afecta a la agricultura, la fase de pérdida acelerada de peso en el producto y el empleo de la región a partir de 1960 —el proceso de

---

<sup>92</sup> Vicent Soler, «Evolución de la economía valenciana en el siglo XX», en VV.AA., *De la Exposición Regional...*, *op. cit.*, p. 97.

<sup>93</sup> Burriel y Salom, «La distribución de la población...» *op. cit.*, p. 121. F. Goerlich y M. Mas, *La evolución económica...*, *op. cit.*, p. 190.

desagrarización— no se vio acompañada de cambios estructurales. En la época en que la agricultura española se modernizaba definitivamente, la valenciana, inicialmente más desarrollada, se instaló en un cierto estancamiento. El resultado fue que, entre 1990 y 2004 la renta por empleado agrario se redujo a una tasa anual del 0,56 cuando en el conjunto español crecía al 3,1%, lo que eliminó la tradicional ventaja en cuanto a rentabilidad agrícola<sup>94</sup>. Este proceso comenzaba, precisamente, cuando la especialización fundamental, el naranjo, alcanzaba su mayor centralidad en los campos, hasta el punto de revestir el carácter de símbolo de la agricultura regional. La superficie de naranjo siguió aumentando: de 78.700 hectáreas en 1957 pasó a 125.100 en 1967, 162.000 en 1982 y 191.000 en 2001. Ello supone, al entrar en el nuevo siglo, el 70% de la producción española<sup>95</sup>. El primer problema de la agricultura derivaba, precisamente, de este peso mayoritario del naranjo (52% de la producción vegetal en 2005), un cultivo que, a finales de siglo, mostraba problemas de rentabilidad, en especial para los pequeños productores, pese a que las exportaciones seguían creciendo<sup>96</sup>. Entre otras razones, fue decisivo el aumento sostenido de la oferta en la propia región y en áreas nuevas de Andalucía o Murcia<sup>97</sup>. El carácter intensivo en trabajo, además, hizo que los costes de producción se incrementaran con el alza de los salarios en el último tercio del siglo.

La otra gran opción de las tierras de regadío, las hortalizas, apenas se expandió durante este periodo, en claro contraste con lo sucedido en zonas de Andalucía oriental y Murcia<sup>98</sup>. Esta diferente evolución traducía la mayor competitividad de estas regiones en relación con las viejas huertas valencianas, gracias al cultivo forzado en tierras de bajo coste, explotaciones de mayor tamaño y sistemas de riego de gran eficiencia. En conjunto, además, el escaso peso de los cultivos industriales y cereales hizo que la

---

<sup>94</sup> José Honrubia, «El sector agrario», en V. Soler, *Economía española...*, *op. cit.*, p. 215

<sup>95</sup> *Libro blanco de la agricultura y el desarrollo rural*, Madrid, Ministerio de Agricultura, 2003, vol. 2, pa. 136 y vol. 3, p. 831.

<sup>96</sup> Lluís Font de Mora, *Taronja i caos econòmic*, Valencia, Tres i Quatre, 1971; José Sorní, «Algunas consideraciones en torno a la crisis de la agricultura en la región valenciana», *Revista de Estudios Agro-sociales*, 94, 1976, p. 97.

<sup>97</sup> Enric Mateu, «Vino, naranjas y arroz. Radiografía de una economía rural», en VV.AA., *De la Exposición regional...*, *op. cit.*, p. 118. Josep M.<sup>a</sup> Jordan, *España frente a los terceros países Mediterráneos*, Conselleria d'Agricultura, Valencia 1989.

<sup>98</sup> Juan Piqueras, *El espacio valenciano...*, *op. cit.*, pp. 189 y 201.

agricultura valenciana se beneficiara en muy escasa medida de las ayudas de la Unión Europea<sup>99</sup>.

La persistente estabilidad de esta orientación productiva se explica, fundamentalmente, por el que sería el otro gran problema de finales del siglo XX: la estructura de las explotaciones y de la propiedad de la tierra. En contraste con la tendencia general en la agricultura española, la Comunidad experimentó, al menos hasta finales de los años ochenta, un aumento del número de explotaciones y una reducción de su tamaño medio<sup>100</sup>. Con posterioridad, el número se redujo sensiblemente, pero ello apenas afectó a la dimensión: en 1999, el 84% de ellas era inferior a 2 hectáreas y un 44% no alcanzaban una hectárea<sup>101</sup>. La dinámica histórica que había consolidado la pequeña propiedad y había posibilitado, por ello, la difusión de los beneficios del crecimiento agrario, se volvía ahora un factor retardatario. A pesar del menor peso de las economías de escala en este tipo de agricultura, el reducido tamaño dificultaba la inversión y el aumento de competitividad. ¿Cómo se mantenía este mundo de pequeños propietarios con explotaciones cada vez más insuficientes? La razón fundamental estriba en la universalización, desde los años sesenta, de la agricultura a tiempo parcial en las zonas de regadío, ubicadas precisamente en la parte con mayor densidad económica y urbana del país y, por tanto, con mayores oportunidades locales de empleo. Esta tendencia derivó, además, en una externalización creciente de las diversas labores de cultivo que acabó por eliminar del todo la función de los propietarios como agricultores<sup>102</sup>. En estas condiciones, la permanencia de estos extraños propietarios rústicos se reforzó por razones ajenas a la rentabilidad agrícola, fundamentalmente por la revalorización del suelo a causa del auge industrial, urbano y turístico de las zonas del litoral, que situaba el precio de la tierra entre los más altos de España<sup>103</sup>.

---

<sup>99</sup> Morales, Olcina y Rico, «Regadíos intensivos», en J. Romero, *La periferia emergente...*, *op. cit.*, p. 330.

<sup>100</sup> J. Romero, *La agricultura valenciana...*, *op. cit.*, p. 70.

<sup>101</sup> *Informe del sector agrari valencià, 2002*, Generalitat Valenciana, Valencia, 2003, p. 400.

<sup>102</sup> Eladio Arnalte, *Agricultura a tiempo parcial en el País Valenciano. Naturaleza y efectos del fenómeno en el regadío litoral*, Ministerio de Agricultura, Madrid, 1980; J. Romero, *La agricultura valenciana...*, *op. cit.*, pp. 160-161; Andrés Picazo y Ernest Reig, «Mecanización y sustitución de factores productivos en la agricultura valenciana», *Agricultura y sociedad*, 57, 1990, pp. 9-39.

<sup>103</sup> José Honrubia, «El sector agrario», *op. cit.*, p. 233.

Finalmente, el sustrato técnico de este modelo agrario, el regadío, mostraba también sus límites. A pesar de la renovación tecnológica en el riego localizado y de precisión<sup>104</sup>, la región que históricamente había hecho un uso más intensivo del agua tenía, a finales de siglo, el mayor porcentaje de riego por gravedad de España y una elevada proporción de acequias de tierra y de hormigón en mal estado<sup>105</sup>. Al envejecimiento de la infraestructura se sumaba la ya citada competencia por el agua desde el sector turístico y los usos urbanos, lo que situaba al regadío en una posición subordinada y de difícil viabilidad<sup>106</sup>.

Si el modelo agrario había llegado a su agotamiento al entrar en el siglo XXI, la industria parecía estar cerca de él. Decisiva en esta situación fue la competencia de los países emergentes en casi todos los sectores importantes, frente a la cual las transformaciones emprendidas fueron insuficientes. También aquí pesaron decisivamente las inercias del modelo de industrialización. La crisis de los años setenta y ochenta produjo en la industria valenciana una pérdida de empleo mayor que la media española, a causa del peso que tenían sectores muy afectados por la caída de demanda y, además, intensivos en trabajo<sup>107</sup>. En el momento de la salida de la crisis, el tejido industrial mostró de nuevo sus potencialidades pero también sus límites. Hubo mejora tecnológica en muchos sectores y la creación de nuevas empresas fue tan rápida como había sido su desaparición anterior, lo que mostraba una notable flexibilidad y capacidad de adaptación. Pero, en parte, este proceso se hizo a costa de aumentar muy sustancialmente el trabajo sumergido en los sectores que tradicionalmente habían hecho uso de él. Los límites de esta reestructuración eran evidentes a finales de siglo, cuando la productividad de la industria quedaba muy rezagada al crecer, entre 1995 y el 2002, un 1,4% frente al 6,1% nacional, una tasa que todavía era más alta en las tres primeras regiones industriales del país<sup>108</sup>.

A finales de siglo, las peculiaridades del modelo valenciano de industrialización se habían convertido en frenos para el crecimiento, en una es-

---

<sup>104</sup> Alfredo Ramón Morte, *Tecnificación del regadío valenciano. Análisis territorial de la difusión del sistema de regadío localizado*, Ministerio de Agricultura, Madrid, 1995.

<sup>105</sup> *Plan Nacional de Regadíos...*, *op. cit.*, pp. 137 y 140.

<sup>106</sup> Antonio M. Rico, *Agua y desarrollo en la Comunidad Valenciana*, Universidad de Alicante, Alicante, 1998.

<sup>107</sup> José A. Martínez Serrano, Andrés Pedreño y Ernest Reig, «Crecimiento y cambio...», *op. cit.*, p. 48.

<sup>108</sup> V. Soler, «Evolución de la economía...», *op. cit.*, p. 98.

pecie de *path dependence* de efectos negativos. Se ha insistido mucho en el reducido tamaño de las empresas y la ausencia de grandes grupos industriales autóctonos como uno de los problemas fundamentales. Sin embargo, a la altura de 2000 el tamaño medio de la empresa apenas era inferior a la española: 12,2 empleados frente a 12,8<sup>109</sup>. En cambio, otros dos rasgos sí parecían específicos. Por un lado, la composición sectorial de la industria se había modificado muy lentamente respecto a la situación configurada a lo largo del siglo. En cabeza, continuaban estando los mismos subsectores que cincuenta años atrás, pero los cambios en las ventajas comparativas internacionales hacían que, en 2004, el 61% de la producción industrial consistiera en bienes de demanda débil, mientras esta situación sólo afectaba al 38% de la industria española<sup>110</sup>. En estrecha relación con ello, el otro rasgo distintivo era el insuficiente desarrollo tecnológico. A pesar de los cambios experimentados en casi todos los sectores<sup>111</sup>, en 2004 el 79% de la producción industrial procedía de empresas con un nivel tecnológico bajo o medio-bajo, situación que en el conjunto de España afectaba al 68% y en la Unión Europea al 56% del producto<sup>112</sup>. Esta menor presencia de la innovación hacía que el peso decisivo de la industria recayera sobre actividades muy intensivas en mano de obra poco cualificada y ello, a su vez, se traducían en salarios bajos<sup>113</sup>. Sin embargo, este factor de competitividad aparecía cada vez más precario conforme el auge de las importaciones procedentes de los países emergentes ame-

---

<sup>109</sup> Juan M. Albertos, «La competitividad del sistema productivo», en J. Romero, *La periferia emergente...*, *op. cit.*, p. 200.

<sup>110</sup> Vicent Soler y Andrés García Reche, «La indústria i el sistema d'innovació», en VV.AA., *La Comunidad Valenciana en el umbral del siglo XXI. Estrategias de desarrollo económico*, Universidad de Valencia e ICO, Valencia, 2007, p. 355.

<sup>111</sup> Julia Salom y José M. Albertos, «Procesos de innovación industrial en la Comunidad Valenciana en los años noventa», en José L. Alonso y Ricardo Méndez, coord., *Innovación, pequeña empresa y desarrollo local en España*, Civitas, Madrid, 2000, pp. 143-162.

<sup>112</sup> V. Soler y A. García Reche, «La industria i el sistema...», *op. cit.*, p. 355. A pesar de que, entre 1964 y 1997, el *stock* de capital físico creció en la Comunidad Valenciana más rápidamente que en el conjunto de España (aunque una parte se debió al aumento del capital residencial) el capital por ocupado seguía siendo inferior a la media nacional; Aurelio Martínez, «El crecimiento de la economía valenciana: factores explicativos», en José Honrubia (coord.), *Globalización y desarrollo local. Una perspectiva valenciana*, PUV, Valencia, 2004, p. 132.

<sup>113</sup> V. Soler, «Epileg», en E. Lluch, *La via valenciana*, Afers, Catarroja, 2001, p. 297: en 1999 los salarios valencianos estaban por debajo de la media española en casi todas las categorías laborales.



nazaba un crecimiento basado en el uso abundante de trabajo y no en la mejora clara de la productividad. No se ha producido el desplazamiento ascendente en la escala tecnológica como respuesta a la aparición de competidores en los productos más tradicionales.

Estos rasgos configuraban una situación que parecía congelada en el tiempo, puesto que desde los años ochenta muchos observadores habían señalado reiteradamente los problemas y límites. Éstos seguían vigentes al entrar en el nuevo siglo y, sin embargo, ello no había provocado una desindustrialización, lo que parecía desmentir las visiones más pesimistas. La industria, pues, resistía. Además, el periodo final del siglo conoció el auge de varios sectores. Alguno ya existente, como el de la cerámica, creció e hizo que se desplazaran hacia la provincia de Castellón los mayores aumentos de renta<sup>114</sup>. Otros, como el de la fabricación de componentes del automóvil, se han visto impulsados inicialmente por la demanda de la factoría Ford de Almusafes. Sin embargo, a pesar de estas mejoras parciales, existe una coincidencia amplia entre los analistas en que el modelo productivo industrial se encontraba en una posición de gran vulnerabilidad y sin posibilidades de crecimiento sostenido.

En estas condiciones, la cada vez mayor terciarización de la economía no parecía capaz de suplir la falta de dinamismo de los otros sectores: los servicios se caracterizaban también, al inicio del siglo, por niveles de productividad inferiores a la media nacional en casi todas las actividades<sup>115</sup>. Ha habido una opción política a favor del desarrollo turístico, que ha concebido la Comunidad como área residencial de turistas y jubilados españoles y europeos<sup>116</sup>. Así, desde finales de siglo, la inversión pública de carácter autonómico se ha orientado sobre todo a la promoción de este ámbito del sector servicios<sup>117</sup>. Al mismo tiempo, el déficit de innovación en la industria ha ido acompañado del desvío de la inversión privada hacia la actividad inmobiliaria<sup>118</sup>.

---

<sup>114</sup> Julia Salom, Juan M. Albertos y Dolores Pitarch, «Ejes y áreas de actividad económica», en J. Romero, *La periferia emergente...*, *op. cit.*, p. 166.

<sup>115</sup> Andrés J. Picazo y Salvador Gil, «Servicios, productividad y crecimiento de la economía valenciana» en VV.AA., *La Comunidad Valenciana en el umbral...*, *op. cit.*, p. 389.

<sup>116</sup> J. Vicent Boira, Joan Romero y Josep Sorribes, «¿Qué modelo territorial? Apuntes para un debate inaplazable», en J. Romero y M. Alberola, coords., *Los límites del territorio. El País Valenciano en la encrucijada*, Prensas de la Universidad de Valencia, Valencia, 2005, pp. 309-325.

<sup>117</sup> J. Palafox, «La tardía industrialización...», *op. cit.*, p. 407.

<sup>118</sup> V. Soler y A. García Reche, «La industria i el sistema...», *op. cit.*, p. 360.

La crítica de este modelo de crecimiento, muy generalizada en sectores académicos, apunta tanto a su incapacidad para sostener un desarrollo económico sólido a largo plazo como a su insostenibilidad ambiental. Por un lado, se perfilan los propios límites del modelo turístico, enfrentado a la competencia de otros destinos en el Mediterráneo y en otras partes del mundo, con costes más bajos<sup>119</sup>. Desde 1998, en el conjunto español, las comunidades que han experimentado un menor incremento turístico han sido las más especializadas en la oferta «de sol y playa», como es la valenciana<sup>120</sup>. El predominio del turismo nacional ha compensado, sin embargo, esta tendencia ya que este segmento de mercado se ha mostrado, en general, más dinámico que el procedente del exterior.

A ello se ha tratado de responder con la activación de nuevos flujos atraídos por acontecimientos deportivos de carácter internacional, flujos necesariamente más efímeros y con efectos más dudosos sobre el tejido productivo. Por otro, es cada vez más evidente el impacto que la construcción residencial tiene sobre el medio ambiente y los recursos. Así es como la demanda de agua se ha convertido en un argumento político de primer orden. Sobre él se ha construido, tras la anulación en 2004 del trasvase desde el Ebro<sup>121</sup>, un enfrentamiento permanente entre los gobiernos autonómico y central y entre las regiones implicadas. La hegemonía política conservadora que se consolidó a finales de siglo y se ha hecho enormemente resistente al desgaste en el poder regional está enraizada, inicialmente, en esta reivindicación sobre el agua. Pero también parece ratificar el modelo de desarrollo emprendido desde la década de los noventa, en la medida en que una parte amplia de la sociedad se beneficia de él por diversas vías<sup>122</sup>: por la facilidad para acceder a puestos de trabajo no cuali-

---

<sup>119</sup> José Nácher, Aurora Pedro y Rosa M. Yagüe, «Economía y política de turismo en la Comunidad Valenciana», *Arxius de Ciències Socials*, 7, 2002, pp. 153-172.

<sup>120</sup> Joaquín Auriolés, Carmen Fernández y Elena Manzanera, «El medio y el largo plazo en el turismo español», *Mediterráneo Económico*, 5, 2004, p. 33.

<sup>121</sup> Diferentes posturas pueden encontrarse en: Graciela Ferrer, Antonio Estevan y Francesc La Roca, *El conflicto del trasvase Júcar-Vinalopó*, Fundación Nueva Cultura del Agua, Zaragoza, 2006. Antonio Gil *et alii*, *Insuficiencias hídricas y Plan Hidrológico Nacional*, Universidad de Alicante, Alicante, 2003. Véase la tercera parte dedicada a «Las culturas del agua» en J. Romero y M. Alberola, *Los límites del territorio...*, *op. cit.*, pp. 191-244.

<sup>122</sup> Joaquín Azagra y Joan Romero, *País complex. Canvi social i polítiques públiques en la societat valenciana (1977-2006)*, PUV, Valencia, 2007, p. 188. Josep Sorribes y Aurora Pedro, «El “boom” immobiliari al País Valencià (1996-2003). Les bases d’un bloc social hegemònic», *L’Espill*, 16, 2004, pp. 60-69.

ficados; porque la revalorización del suelo afecta, en virtud de la gran difusión de la propiedad, a un elevado número de propietarios; o, en fin, por los efectos derivados del extraordinario crecimiento de la actividad constructora. Sin embargo, el inicio de la crisis económica en 2007 ha mostrado ya una capacidad de destrucción de empleo mayor que para el conjunto español. El modelo económico forjado en el último siglo y profundamente transformado en las décadas más recientes parece, pues, afrontar un momento decisivo para su supervivencia.